

# **VERSIÓN ETERNA**



**Osvaldo Rebollo**

# **VERSIÓN ETERNA**



**Osvaldo Rebolledo**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# **CONTENIDO**

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
Capítulo uno:	
<b>Versiones y divisiones.....</b>	<b>10</b>
Capítulo dos:	
<b>Versiones bíblicas.....</b>	<b>29</b>
Capítulo tres:	
<b>Versiones expuestas.....</b>	<b>44</b>
Capítulo cuatro:	
<b>Versiones corregidas.....</b>	<b>59</b>
Capítulo cinco:	
<b>Versiones enfocadas.....</b>	<b>75</b>
Capítulo seis:	
<b>Versiones cuidadas.....</b>	<b>93</b>

Capítulo siete:

**Versiones respetadas**.....111

Capítulo ocho:

**Versión Eterna**.....123

**Reconocimientos**.....137

**Sobre el autor**.....139



# **INTRODUCCIÓN**

*«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo...”*

Mateo 6:9 y 10

En este libro, no pretendo enseñar cuál es exactamente la plenitud de la versión eterna del Reino de Dios. Por el contrario, busco exponer las falencias que tenemos como Iglesia al tratar de entender y vivir únicamente a través de nuestras propias versiones, conservando incontables diferencias entre nosotros.

Históricamente, los hombres hemos contribuido innecesariamente con nuestras ideas, formas, métodos e interpretaciones del Evangelio. Sin embargo, si deseamos afrontar los tiempos finales con efectividad, debemos reconocer que no le hemos hecho ningún favor a Dios; por el contrario, nos hemos entrometido imprudentemente en Su obra y en Su verdad.

Este libro es un llamado al arrepentimiento y a la búsqueda sensata de la verdad a través de la rendición, el abandono y la humildad espiritual. Cuando el profeta Daniel fue despertado a la buena Palabra, clamó a Dios diciendo:

*“Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos; hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impíamente y hemos sido rebeldes; nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas”*

Daniel 9:4 y 5

La verdad es que Daniel nunca había cometido esos pecados que confesó. Él era apenas un joven adolescente cuando fue deportado a Babilonia; fueron sus mayores, sus gobernantes y sus líderes quienes pecaron grandemente contra el Señor. Sin embargo, Daniel hizo confesión y asumió los pecados de su nación, y todos sabemos que Dios lo escuchó y obró con gran poder.

Este es nuestro tiempo, nuestra generación. Creo que todos los siervos de Dios debemos hacer un mea culpa ante nuestro Padre, que también es nuestro Rey. Nuestra vida en Cristo es la gracia necesaria para afrontar este desafío, y tenemos la certeza de que obtendremos resultados. Ruego a Dios que tengamos la capacidad y la humildad de rendirnos en Su presencia en busca de Su versión.

Todos podemos interpretar las Escrituras y enseñar nuestra propia versión, pero no es lícito hacerlo livianamente. Debemos entender primero, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu

**Santo (2 Pedro 1:20 y 21).** Del mismo modo, es el Espíritu Santo quien debe entregarnos Su versión eterna de la verdad.

Al observar la Iglesia actual, expuesta inevitablemente por la apertura de los medios de comunicación y el avance tecnológico de este siglo, no podemos ignorar las grandes diferencias entre aquellos que decimos servir al mismo Dios y enseñar Su misma Palabra.

Existen muchas enseñanzas distintas, y no pretendo juzgar ninguna. Más bien, propongo exponer nuestras versiones a la luz de nuestro Señor y reformar, ajustar o calibrar todo lo que sea necesario para que, al menos, una gran mayoría entremos en la sintonía del Espíritu.

He conocido a miles de hombres y mujeres que sirven a Dios con limpia conciencia y jamás he encontrado a alguien que, pretendiendo servirle, asuma que está impartiendo falsas doctrinas. Gracias a Dios, tampoco he conocido a alguien que diga: “Sí, sé que estoy enseñando mentiras, pero bueno, estoy buscando sacar provecho del Evangelio...”

A menos que alguien sea un siervo de Satanás infiltrado como cristiano, no he conocido a nadie que carezca del temor de Dios mientras le sirve con amor. Por esto, tengo gran esperanza de que juntos podamos reconocer que muchos de nosotros podemos estar honestamente equivocados, y que ha llegado el tiempo de ajustar nuestras versiones a la de Dios. Esto, sin asumir apresuradamente que ya hemos

comprendido todo, y que los que deben cambiar son los demás, y no nosotros.

Deseo señalar cuán fácil es caer en error, cuán sencillo es defender conceptos heredados de nuestros líderes, cuán común es criticar o reaccionar con hostilidad ante otros puntos de vista. También es fácil separarnos, juzgarnos y atacarnos creyendo que defendemos la versión correcta.

Utilizaré los mensajes de Jesús a las iglesias de Asia Menor para extraer exhortaciones claras de cara a los tiempos finales, así como valiosos consejos para perfeccionar nuestro servicio. Por ello, sugiero que todo siervo de Dios dedique un tiempo de calidad a este libro, pues seguramente lo dimensionará espiritualmente.

Por último, deseo aclarar que, para mí, la Iglesia es preciosa y perfecta. Ninguno de mis puntos de vista pretende criticarla, y mucho menos juzgarla, pues tengo claro que no soy quién para hacerlo. Realmente la considero verdaderamente preciosa. El problema nunca ha sido la Iglesia, sino los seres humanos que la componemos.

La Iglesia es perfecta porque es el cuerpo de Cristo y, ciertamente, es un diseño divino. Los imperfectos somos nosotros, por lo que necesitamos operar bajo el gobierno del Espíritu Santo, en total dependencia de Él y bajo Su supervisión. Debemos humillarnos en Su presencia para que sea Dios, y no nosotros, quien imparta Sus verdades, para que sea Su versión y no la nuestra la que enseñemos, para que

podamos manifestar Sus hechos y no nuestras buenas intenciones.

Estoy persuadido de que, si nuestro corazón es despertado como lo fue el de Daniel y clamamos con su humildad y actitud, el Señor obrará con poder. No tengo dudas de que, desde el primer momento en que dispongamos nuestro corazón para pedir Su versión eterna, nuestros ruegos serán oídos, el cielo se moverá y la tierra conocerá el poder de una Iglesia viva, gloriosa y alineada con la versión eterna del Reino.

***“Yo sé los planes que tengo para vosotros, planes para vuestro bienestar y no para vuestro mal, a fin de daros un futuro lleno de esperanza. Yo, el Señor, lo afirmo. Entonces me invocaréis; vendréis a mí en oración, y yo os escucharé. Me buscaréis y me encontrareis, porque me buscaréis de todo corazón”.***

Jeremías 29:11 al 13 DHH



# Capítulo uno

## **VERSIONES Y DIVISIONES**

*“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”.*

2 Timoteo 3:16 y 17

La palabra “necesidad” se refiere al estado en que se encuentra un ser cuando carece de un elemento indispensable para vivir. Por ello, las necesidades fundamentales para la vida son, en primer lugar, las fisiológicas. En este sentido, podríamos decir que las necesidades humanas esenciales son pocas, pero se incrementan exponencialmente a medida que aumentan nuestras posibilidades. Es decir, cuantas más posibilidades tenemos, más necesidades podemos llegar a percibir.

En el mundo, muchas personas pobres buscan suplir necesidades reales para llevar una vida relativamente digna, mientras que otras, en mejores condiciones, buscan satisfacer

sus deseos como si fueran necesidades genuinas. Esto es comprensible, ya que los seres humanos somos así: cuanto más tenemos, más queremos.

Como cristianos, nuestra perspectiva cambia radicalmente, porque la gracia recibida nos ha permitido comprender que lo verdaderamente necesario para el ser humano es Dios. Él es la verdadera vida, el aire que respiramos, el agua que nos sacia, el pan que nos alimenta, la luz que nos alumbría y la fuerza que nos sostiene. Él es todo para nosotros.

Lamentablemente, los impíos no pueden comprender esto; pero quienes le conocemos, no encontramos mayor deleite que en vivir en Cristo, y esa es la razón por la cual seguimos avanzando en la búsqueda de más y más de Su presencia. Es como si, al recibir Su vida, experimentáramos una plenitud absoluta y, aun así, dentro de esa plenitud, sintiéramos el anhelo de seguir buscándole.

En esa búsqueda, inevitablemente nos encontramos con la Biblia. Descubrimos que las Escrituras nos revelan a Dios, por lo que comenzamos a leerlas y estudiarlas cada día. Sin embargo, algunos hermanos pierden de vista el objetivo primordial y se extravían en la letra, dejando de lado lo más importante: el Señor mismo.

No es que dejen de creer o que Dios se aparte de sus vidas, sino que se enfocan tanto en la Biblia, creyendo que en

ella encontrarán mayor espiritualidad, que olvidan lo que dijo Jesús:

*“Estudiáis las Escrituras con toda atención porque esperáis encontrar en ellas la vida eterna; y precisamente las Escrituras dan testimonio de mí. Sin embargo, no queréis venir a mí para tener esa vida”.*

Juan 5:39 y 40 DHH

Cuando un hermano acude más a la Biblia que a Cristo, se llena de conocimiento, pero su vida espiritual comienza a secarse. Él no se percata de esto y cree que el mucho saber le otorga madurez y autoridad, cuando en realidad solo está acumulando información. A simple vista, esto no parece grave, pero al final termina edificando fortalezas mentales que pueden complicar su comunión con Dios.

Tal vez por esta razón, cuando un hermano me dice que desea estudiar teología, le advierto con insistencia que, si lo hace, no descuide su comunión con el Señor. Estudiar las Escrituras es muy bueno y necesario, pero si se deja de lado la vida espiritual, puede volverse peligroso, porque aquello que empezó como una búsqueda de Dios podría terminar alejándonos de Él.

Quiero ser claro en esto: soy maestro de la Palabra, y en mi opinión, el estudio de la Biblia es fundamental. No obstante, no podemos ignorar que han sido las distintas corrientes teológicas las que nos han dividido tanto. La historia de la Iglesia está plagada de desacuerdos y conflictos

derivados de las diferentes doctrinas y debates, que solo han generado descrédito para la Iglesia.

Noten que no digo que esto haya causado descrédito hacia Dios, pues en general la gente no tiene problemas con Él. En primer lugar, porque Dios sigue manifestando Su gracia y haciendo Su obra más allá de las necesidades e imprudencias humanas. Sin embargo, la Iglesia ha degradado tanto su expresión que hoy padece las consecuencias de su propia irresponsabilidad.

Si mantenemos una visión fragmentada, podríamos pensar que esto no es tan grave. No obstante, en lo personal, mi responsabilidad apostólica me obliga a mirar el panorama en su totalidad. No puedo analizar el estado de la Iglesia basándome en una, dos o tres congregaciones, sino que tengo la obligación de observar el contexto general e histórico. Esto me coloca en la posición de hablar con sinceridad o evadir mi responsabilidad con un silencio cobarde.

A esta altura de mi vida y ministerio, ya no me preocupa quedar bien con nadie ni guardar una ética que, en muchos casos, no es más que una complicidad encubierta. Digo esto con autoridad, porque he sido un ferviente defensor de la Iglesia. No me refiero a defenderla de las tinieblas, pues esa es una obra que solo le corresponde al Señor. Jamás pretendería atribuirme una posición más elevada de la que realmente me ha sido asignada por Él.

Me refiero a defender a la Iglesia enseñando que no debemos atacarla ni criticarla públicamente. Jamás he sugerido ignorar la realidad que se vive en muchas congregaciones o en la Iglesia en general; lo que digo es que debemos encontrar los canales correctos para observar y expresar lo que debe ser dicho.

Mis enseñanzas y mis libros están dirigidos a la Iglesia, porque esa es la misión de un maestro bíblico. Cuando hablo de ciertas situaciones que ocurren dentro de ella, no lo hago como una crítica despiadada y abierta para que todos conozcan sus problemas. Lo hago con profundo dolor y con el único propósito de que mis hermanos tomen conciencia y provoquemos verdaderos cambios para enfrentar debidamente los tiempos que vienen.

Las redes sociales y las críticas públicas solo generan descrédito hacia la Iglesia. Es cierto que las falsedades deben ser desenmascaradas y que las correcciones son necesarias. También es cierto que hay temas que deben ser abordados para generar conciencia y trabajar en ellos, pero debemos ser prudentes. El trabajo debe ser preciso, casi quirúrgico, para no tocar irreverentemente lo que puede ser de Dios.

Entiendo lo que implica defender la verdad con pasión, pero, salvo las doctrinas fundamentales, que nadie debe poner en duda, todo lo demás debe ser predicado y transmitido con humildad. Algunos ministros, sin importar el tema que expongan, lo hacen con gran hostilidad espiritual,

como si fueran dueños de la verdad absoluta y todos los demás estuvieran equivocados.

Por un lado, están los tradicionalistas, quienes creen poseer la sana doctrina, se aferran a lo que saben y no consideran ninguna posibilidad de cambio o renovación. Por otro lado, están aquellos que han abrazado cambios doctrinales y litúrgicos, pero en su afán de transformación, no solo adoptan ciertas cosas que no deberían, sino que critican duramente a quienes aún no han cambiado.

Entre estos dos extremos, hay muchas denominaciones, congregaciones y ministerios en procesos de cambio, algunos en mayor medida y otros en menor grado. Esto es natural y está bien. Lo que no deberíamos hacer es criticarnos despiadadamente, sino trabajar juntos, intercambiando opiniones entre ministros y realizando concilios espirituales sanos, en los cuales podamos tratar en la presencia de Dios, los temas trascendentales para la correcta expresión de la Iglesia.

Sé que algunos consideran estos encuentros una pérdida de tiempo, debido a los niveles de necesidad que a veces se manifiestan en los debates. Sin embargo, precisamente eso es lo que debemos cambiar. El amor y la tolerancia deberían abrirnos a la posibilidad del diálogo, y el temor de Dios debería posicionarnos correctamente para ejercer paciencia y evaluar profundamente lo que creemos y sabemos sobre las doctrinas periféricas.

Debemos volvernos a Dios con reverencia y poner Su Palabra en el centro, bajo la supervisión del Espíritu Santo. Esto puede sonar extraño, dicho en una época donde la espiritualidad se define por sentimientos subjetivos, y premisas individuales marcadas por expresiones como: “esto es lo que yo creo y punto...” pero en realidad, esta es la única postura que puede librarnos del error.

*“Porque mis ideas no son como las vuestras, ni es como la vuestra mi manera de actuar. Como el cielo está por encima de la tierra, así también mis ideas y mi manera de actuar están por encima de las vuestras. Como la lluvia y la nieve bajan del cielo y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, y producen la semilla para sembrar y el pan para comer, así también la palabra que sale de mis labios no vuelve a mí sin producir efecto, sino que hace lo que yo quiero y cumple la orden que le doy”.*

Isaías 55:8 al 11 (DHH)

La misma Palabra nos afirma que el Dios Soberano se ha revelado a sí mismo y ha decidido dar a conocer Su persona y Su voluntad. Sin embargo, el Señor deja claro que, desde nuestra perspectiva humana y debido a nuestra condición, no podemos comprender plenamente Su persona ni Sus propósitos.

La lectura y el estudio de la Palabra son fundamentales, pero sin la revelación divina, solo se convierten en una acumulación de conceptos incapaces de

generar entendimiento de las verdades eternas. El apóstol Pablo nos enseña que su predicación era resultado de la revelación de Dios y no de su preparación teológica:

*“Más os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo”.*

Gálatas 1:11 y 12

La Biblia es importante y necesaria porque es la revelación que Dios hace de sí mismo. Si alguna vez nos predicaron el evangelio, por más sencillo que haya sido el mensaje, las verdades contenidas en él están en la Biblia. Eso puede ser suficiente para recibir la gracia de la vida en Cristo y, con ella, la luz del Señor (**Juan 1:4**). Sin embargo, esa luz es la que nos capacita para entender Su Palabra y elevarnos espiritualmente hasta revelarnos nuevos aspectos de Dios.

Su revelación a través de la Palabra nos conduce a la plenitud en Cristo (**Efesios 4:13**). Es decir, la Palabra suministrada por el Espíritu Santo, nos puede revelar la vida misma en la persona de Cristo, para que podamos vivir en Su plenitud, no para que seamos teólogos llenos de conocimiento, pero sin revelación. Si la Palabra no pasa a la dimensión de la luz, solo producirá en nosotros paradigmas de juicio.

La Palabra, primeramente, debe elevarnos para que podamos ver como Dios ve y pensar como Dios piensa. Solo

entonces comienza a producir aquello para lo que Él la envió. Si no subimos primero a Sus pensamientos, Su Palabra no puede ser interpretada correctamente; solo se tornará en un reglamento frío, incapaz de impulsar la manifestación de la Iglesia como cuerpo espiritual.

Cuando el Señor compara Su Palabra con la lluvia que riega la tierra, no está utilizando un tecnicismo teológico, sino estableciendo un principio de vida. El riego de la lluvia es biológicamente complejo, pero al mismo tiempo lo suficientemente sencillo para que un campesino iletrado lo acepte y lo disfrute. Él no necesita hacer un estudio profundo del ciclo hidrológico para sembrar; simplemente sabe que, si la lluvia regó la tierra, esta está lista para recibir la semilla.

Tampoco necesita estudiar edafología para sembrar, cosechar y tomar el fruto, así como tampoco requiere ser un maestro panadero para hacer pan. El Señor afirma que la Palabra que sale de Su boca no vuelve a Él sin producir efecto, sino que hace lo que Él quiere y cumple Su orden, no la nuestra. Dios no nos ha llamado a inspeccionar la funcionalidad de Su Palabra, sino a administrarla para que Su gracia pueda manifestarse.

Esto no significa que no debamos escudriñar las Escrituras con profundidad, ese es precisamente el llamado de un maestro, pero si ponemos un microscopio en cada coma y perdemos de vista la vida que fluye de la Palabra, habremos perdido el verdadero objetivo. Un médico estudia y diagnostica la salud de las personas, pero además de ser

médico, es hijo, esposo, padre y amigo. No puede procesar la vida únicamente sentado frente a un tomógrafo.

David compuso un salmo para mostrar los beneficios de la Palabra de Dios: “*Restaura el alma... hace sabio al sencillo... alegra el corazón... alumbra los ojos*” (**Salmo 19:7 y 8**). Notemos que su enfoque abarca la vida de manera integral, considerando el alma, la mente, el corazón y los ojos. David no habla de estudiar la Palabra para volverse un experto teólogo o un erudito conocedor de las Escrituras, sino para que la vida de Dios se manifieste en la existencia del creyente.

La Biblia sin vida no se convierte en luz. Pero atención: la vida en Cristo sin la Biblia puede derivar en un desorden fatal. La Escritura fue inspirada por el Espíritu Santo, y es por Su ministración que se convierte en lámpara para nuestros pies y lumbre para nuestro camino (**Salmo 119:105**). La Palabra contiene la verdad que nos impulsa en el proceso de redención (**Juan 8:31 y 32**), y cuando es correctamente interpretada, produce la vida que agrada a Dios y glorifica Su nombre (**Tito 3:8**).

En la Iglesia de hoy, sufrimos dos extremos en relación con la Biblia. Por un lado, hay teólogos que dedican su vida al estudio, pero han perdido la unción. Poseen mucho conocimiento, pero no manifiestan la vida de la Palabra. Juzgan a todos, creyéndose superiores por el entendimiento adquirido, pero interpretan la vida desde una postura

lamentable, porque carecen de la revelación de la gracia divina.

Por otro lado, hay muchos hermanos con buenas intenciones que desean servir a Dios, pero que, en algunos casos, han tenido malas experiencias con sus líderes. Como consecuencia, se lanzan a enseñar lo que creen que está bien sin una preparación adecuada. No estudian como es debido, sino que se nutren de lo que encuentran y escuchan en internet.

Curiosamente, estos hermanos muchas veces muestran mayor criterio que los que solo operan desde la letra, porque su deseo genuino de interpretar la voluntad de Dios, y el reconocimiento de sus limitaciones, los lleva a aferrarse más al Espíritu Santo. Esto los hace, en algunos casos, más efectivos y sensatos. Sin embargo, también corren el riesgo de abusar de esa dependencia. Al no cultivar un verdadero conocimiento de la Palabra, terminan enseñando muchas cosas incorrectas, lo cual también es sumamente peligroso.

Es decir, tenemos a los de la letra y a los del Espíritu, cuando en realidad el concepto que Pablo enseña está basado en el equilibrio entre ambas realidades (**2 Corintios 3:6 al 8**). También están aquellos que aceptan todo lo que sus líderes institucionales enseñan, sin discernir lo que el Espíritu Santo desea, y que defienden fortalezas teológicas como si fueran dueños de la verdad, son tan perjudiciales para la expresión de la vida en la Iglesia como quienes, sin respetar ninguna

autoridad, se lanzan a cumplir roles sin estar correctamente preparados.

Necesitamos recuperar un sano equilibrio. Si no cultivamos una profunda comunión con el Espíritu Santo, por más conocimiento bíblico que adquiramos, no tendremos vida para impartir. Por otra parte, si damos lugar al Espíritu Santo para que nos guíe a toda verdad y justicia, pero descuidamos la Palabra, no habrá luz, y por lo tanto, no podremos expresar sabiduría espiritual. En otras palabras, corremos el riesgo de ser religiosos cargados de información sin vida, o espirituales con pasión, pero carentes de la sabiduría necesaria para gestionar el Reino.

Esto que planteo no necesitan entenderlo aquellos hermanos que todavía no han alcanzado madurez espiritual, pero es urgente que lo comprendamos todos los que somos ministros ordenados, o líderes en formación. Nuestra incapacidad para transmitir con claridad la versión eterna, demuestra que estamos enredados en múltiples versiones humanas, y esto debe ser resuelto.

Todos podemos percibirnos a nosotros mismos en la senda del evangelio correcto, pero la realidad es que todos necesitamos de todos. Hasta que no dejemos de lado el orgullo y debatamos sanamente nuestras ideas, no podremos romper el gran desorden que, tristemente, estamos evidenciando.

Como maestro de la Palabra, no creo saber toda la verdad. Aprender me ha exigido cambiar, por eso procuro no levantar fortalezas ante interpretaciones diferentes a las que manejo, porque soy absolutamente consciente de que puedo estar equivocado. El crecimiento ocurre cuando sostenemos la humildad y estamos dispuestos a evaluar lo que consideramos correcto.

En los consejos pastorales en los que he sido invitado a disertar, aconsejo reunirnos para debatir doctrinas periféricas en las que existen notorias diferencias. Siempre les digo a los pastores: “*Si varios pensamos diferente sobre un mismo tema, no necesitamos ser sabios para darnos cuenta de que algunos podemos estar honestamente equivocados*”.

He compartido esto en algunos de mis libros, pero permítanme recordarlo sin muchos detalles. En los días previos a ser ungido como maestro de la Palabra, sufrí una crisis muy grande. Aunque tenía claro que mi llamado estaba vinculado con la enseñanza, no dejaba de pensar que ser maestro significaba poseer un conocimiento claro de la mayoría de los temas bíblicos.

Hoy por hoy, puedo decir que Dios me ha honrado con un doctorado en divinidades de la Universidad Teológica de California en Estados Unidos. Pero en aquel tiempo solo tenía pequeños títulos de distintas capacitaciones, y sentía que no eran suficientes para el desafío que enfrentaba. Durante esos días, mientras almorzaba con un ministro que

había venido de Italia, nos pusimos a orar sin que yo le comentara nada sobre mi lucha interna.

En ese momento, el Señor me dio una palabra para este apóstol, pero él también recibió una palabra para mí. A través de ella, me exhortó a enfrentar mi llamado sin temor. Me dijo que Dios no me estaba pidiendo ser infalible ni saberlo todo, sino caminar en humildad, porque esa sería la garantía de que Él podría corregirme. Esto transformó por completo mi perspectiva, me dio paz, y me hizo comprender que la humildad es el fundamento de la sabiduría divina.

***“Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, amar misericordia y humillarte ante tu Dios”.***

Miqueas 6:8

Cuando levantamos fortalezas, argumentos y altiveces para defender lo que creemos correcto, estamos operando desde el orgullo, y Dios resiste a los soberbios (**Santiago 4:6**). Algunos hacen esto creyendo que defienden la verdad, pero la verdad no necesita ser defendida: simplemente la tenemos o no. Cuando operamos desde la verdad, no necesitamos discutir, ni buscar aprobación, ni convencer a nadie, ni atacar a quienes piensan diferente. Eso es lo que nos enseñó Jesús, quien fue y sigue siendo la única Verdad (**Juan 14:6**).

Jesús fue violentamente atacado por los religiosos que creían estar defendiendo la verdad. Sin embargo, Él dijo:

**“Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”** (**Mateo 11:29**). No quisiera jamás estar en la posición de esos religiosos, maestros, intérpretes, escribas y doctores de la Ley, que defendían sus conceptos sin reconocer la versión eterna.

Debemos ser sinceros en esto: todos fuimos formados en la congregación o institución en la que crecimos espiritualmente. Pero el problema es que no hay un sello de garantía sobre las enseñanzas recibidas en esos lugares. No elegimos nuestra congregación como quien elige una universidad acreditada para estudiar; simplemente alguien nos invitó con buenas intenciones y nosotros accedimos a ir.

Algunos llegamos a una congregación pentecostal, otros a una tradicional, bautista, metodista o de cualquier otra denominación. En ese momento, no sabíamos cómo elegir una congregación. Generalmente llegamos por un familiar, un amigo o una invitación bien intencionada, pero sin conocimiento de la Biblia, ni capacidad para discernir diferencias doctrinales.

No estábamos preparados para evaluar las enseñanzas que recibíamos; simplemente confiábamos en que el pastor predicaba la Palabra y era un mensajero de Dios. Luego, crecimos con las ideas de esa denominación, y si no cambiamos de congregación, fuimos formados como líderes o ministros en ese contexto, y bajo esa doctrina.

Las preguntas que deberíamos hacernos son: ¿Estamos seguros de que todo lo que nos enseñaron estaba bien? ¿Estamos seguros de que la línea teológica que recibimos fue absolutamente correcta? ¿O acaso, si hubiéramos asistido a otro lugar, hoy pensaríamos diferente?

Veámoslo de esta manera: cuando un niño nace en China, aprende un idioma y una cultura completamente distinta a la de un niño nacido en Alemania, Turquía o Perú. ¿Quién puede decir cuál cultura es la correcta o la mejor? Cada persona defenderá la suya porque es la que recibió, no por elección, sino por impartición de vida.

De la misma manera, por más afecto que sintamos por nuestra congregación o nuestros líderes, ¿quién nos garantiza que todo lo que nos enseñaron estaba bien? ¿No debería tener Dios, el derecho de guiarnos a Su perfecta voluntad si hay algo que aprendimos mal?

El Reino de Dios es la plataforma de la versión eterna, porque el Reino es el gobierno divino sobre toda la creación. El Reino no es el poder que tenemos para gobernar, sino nuestra capacidad de someternos a la voluntad del Señor, con el fin de recibir autoridad y manifestar Su propósito en la tierra. Sin embargo, algunos ministerios ni siquiera creen que la Iglesia vive actualmente en el Reino.

¿Cómo podemos reconocer a un Rey y decir que todavía no vivimos bajo Su reinado? ¿Cómo vamos a someternos al Rey de reyes, si algunos creen que el Reino

todavía no está operativo en la tierra? ¿Acaso debemos enseñar que la Iglesia vive bajo la autoridad del príncipe de este mundo? ¿En verdad creen que solo viviremos Reino al morir?

Es verdad que viviremos la plenitud del Reino cuando venga nuestro Rey, y manifieste Su poder en toda la tierra, a la vez que nosotros los creyentes recibamos un cuerpo glorificado, pero hasta que llegue lo perfecto, debemos estar claros que vivimos bajo el señorío de nuestro Rey de gloria. Si no podemos coincidir en esto, todo lo demás no tiene ninguna posibilidad de acuerdo.

¿Por qué creo esto? Porque si no coincidimos que Dios es nuestro Padre y nuestro Rey, cómo vamos a obedecer respecto de la unidad, la humildad y los posibles cambios. Si alguien considera que aún no vivimos en el Reino de Dios, ¿Cómo lograremos intercambiar opiniones en busca de la versión eterna? Si cuando no hay rey, todos pueden hacer lo que bien les parece (**Jueces 21:25**).

Debemos devolverle el gobierno de la Iglesia a Su único dueño. Reconocer con humildad que Jesucristo es el Señor, y que solo Él puede darnos la versión eterna. Todo lo demás es división y pérdida de potencial. Si queremos entrar en los últimos tiempos con fortaleza y plenitud, necesitamos vivir bajo el entendimiento de Su versión y no de las nuestras.

Cuando digo que debemos devolverle el gobierno de la Iglesia al Señor, no sugiero que Él haya perdido Su

autoridad sobre ella. Cristo ha sido la cabeza de la Iglesia desde siempre, pero la historia muestra muchas irregularidades causadas por los hombres. Esto es una de las consecuencias de no comprender el Pacto de gracia en el cual vivimos. Si todos sirviéramos al Rey con verdadero temor, no tendríamos tantas divergencias.

Que el Señor haya permitido la gestión humana, la creación de estructuras, o la degradación de algunas interpretaciones de la verdad, nunca ha significado aprobación. Todos tendremos que dar cuenta de lo que hemos hecho y enseñado en la Iglesia. Por eso, sugiero una rendición absoluta al Espíritu Santo, para que el Señor haga y diga lo que deseé a través de nosotros.

Cuando menciono la devolución del gobierno de la Iglesia al Señor, me refiero a nuestra postura, no a la posición de Dios, Él siempre ha estado en Su trono. Me refiero a nuestra rendición, nuestra sumisión y nuestra humildad, para permitir que el Espíritu Santo establezca Su voluntad en todas las cosas. Esto, antes de que el Señor venga a juzgar a Su Iglesia y al mundo de manera absolutamente implacable (**1 Pedro 4:17**).

Personalmente, creo que estamos a tiempo para rendirnos humildemente y cambiar todo lo que sea necesario, porque si no fuera así, no estaríamos recibiendo exhortaciones como estas, pero a la misma vez, no debemos ignorar que los tiempos se han acelerado y que los días de aflicción se avecinan. Dios necesita una Iglesia

espiritualmente unida, comprometida, sensible a Su voluntad y clara en el entendimiento de la versión eterna.

***“Jesús se dirigió entonces a los judíos que habían creído en él, y les dijo: Si se mantienen fieles a mis enseñanzas, serán realmente mis discípulos; y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres”.***

Juan 8:31 y 32



## Capítulo dos

# VERSIONES BÍBLICAS

*“Tus enseñanzas son perfectas, tu palabra no tiene defectos. Tú proteges como un escudo a los que buscan refugio en ti”.*

Salmo 18:30 PDT

Los cristianos afirmamos sin dudar que la Biblia es la Palabra de Dios. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento han sido inspirados por Dios (**2 Timoteo 3:16**). Además, hay algo que hace a la Biblia diferente de cualquier otro libro: a pesar de ser una colección de libros, canciones, poemas y cartas, conserva de manera evidente, y más allá de la intervención humana, un hilo conductor que la atraviesa por completo.

La Biblia fue inspirada por Dios, pero esa inspiración se expresó a través de varios hombres de diferentes culturas, idiomas, edades y condiciones intelectuales, sociales, económicas y familiares. Su escritura abarcó un período de mil quinientos años desde su inicio hasta su conclusión. Es

claro que coordinar una obra semejante sería imposible para los hombres; sin embargo, se puede percibir que detrás de cada escrito esta la mano de un solo Autor.

Algunos creen que el liderazgo de la Iglesia en los primeros siglos inventó el canon y le otorgó autoridad a cada libro que compone la Biblia. Sin embargo, el canon es simplemente el resultado del reconocimiento por parte de la Iglesia de los libros históricos, así como de los evangelios y las epístolas apostólicas de los primeros siglos.

Su formación comenzó miles de años atrás, cuando el Señor entregó al pueblo de Israel cada uno de los libros y leyes que componen el Antiguo Testamento. En la conformación de lo que los cristianos llamamos la Biblia se realizaron varias recopilaciones, entre ellas la que tuvo lugar en el siglo III a.C. Esta fue llevada a cabo por setenta y dos sabios judíos, invitados por el rey Ptolomeo II de Alejandría para contribuir a la famosa biblioteca con los textos históricos del pueblo judío.

Estos sabios trabajaron durante años en la traducción de los libros históricos, sapienciales y proféticos del arameo y hebreo al griego. Este trabajo dio origen a la llamada Biblia de los Setenta o Biblia Alejandrina, también conocida como la Septuaginta, la cual se convirtió en la base de los textos cristianos actuales.

Por su parte, el Nuevo Testamento, que narra la vida y obra de Jesús, así como los hechos apostólicos y las cartas de

los apóstoles, tuvo numerosas fuentes y autores. Uno de los evangelistas, Lucas, añadió un segundo volumen a sus relatos, conocido con el tiempo como Hechos de los Apóstoles, en el cual documentó la expansión de la Iglesia desde Palestina hasta Roma.

A medida que fueron muriendo quienes conocieron al Señor, incluidos los apóstoles, se hizo urgente recoger los escritos que transmitían el mensaje del Evangelio. Así, comenzaron a formarse colecciones de textos que circulaban en la época. De hecho, existían más escritos de los que actualmente están incluidos en el Nuevo Testamento.

Con el tiempo, fue necesario discernir cuáles podían considerarse auténticos y confiables, por lo que se eliminaron los evangelios falsos que, bajo el pretexto de narrar la vida de Jesús, promovían ideas ajenas al cristianismo. Se conservaron los escritos atribuidos a los apóstoles principales, como Pablo, Pedro y Juan.

A finales del siglo II, la colección reconocida ya comprendía los cuatro evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las cartas de Pablo, la primera carta de Pedro, aunque aún era debatida en Roma, la primera carta de Juan y el Apocalipsis. Sin embargo, todavía se discutía la inclusión de la carta a los Hebreos, Santiago, segunda de Pedro, segunda y tercera de Juan, y la carta de Judas. Aún se admitían algunos escritos que, con el tiempo, fueron excluidos del Nuevo Testamento.

La colección que ha llegado hasta nuestros días quedó definitivamente fijada al finalizar el siglo IV, y casi todos los escritos que la componen datan del siglo I. Una vez establecida junto con los textos del Antiguo Testamento, se cerró la formación del libro que hoy conocemos como la Biblia.

A esta colección de escritos se la denominó Nuevo Testamento, lo cual resulta curioso, ya que en español la palabra “testamento” alude a un documento legal que expresa la última voluntad de un difunto. Sin embargo, estos escritos no tienen el carácter de un testamento en ese sentido. La confusión proviene directamente de su traducción, ya que los judíos que vertieron al griego los textos hebreos usaron la palabra griega que significaba “testamento” para traducir la palabra hebrea que significaba “alianza”.

El término griego adquirió así un sentido nuevo, pero al pasar al latín y luego al español, se conservó la palabra “testamento”. De la misma forma, el Nuevo Testamento se denominó así, en contraste con el “Antiguo”, es decir, hace referencia a la nueva alianza que Dios establece con toda la humanidad, en reemplazo de la antigua alianza con el pueblo hebreo. Sin embargo, no debemos confundir el Nuevo Testamento con el Nuevo Pacto, ya que este último comienza después de la muerte y resurrección de Jesucristo.

Algunos ministros, al enseñar, suelen decir: “Vamos a compartir un pasaje del antiguo pacto...”, y luego predicar un pasaje del Antiguo Testamento. Esto no está mal, pero es

importante tener cuidado con esta afirmación, ya que el Antiguo Testamento contiene varios pactos distintos, como el edénico, adámico, noético, abrahámico, mosaico o sinaítico, palestino (o pacto de la tierra) y davídico.

No es lo mismo enseñar sobre un pacto que sobre otro, y resulta aún más complejo hacerlo transfiriendo la enseñanza al Nuevo Pacto que vivimos hoy. Cuando no lo hacemos correctamente, se produce una distorsión de la verdad que tenemos en Cristo, y utilizamos las Escrituras para motivar, en lugar de brindar al pueblo una herramienta de revelación divina.

Lo mismo ocurre con la predicación de los ministros que dicen: “Vamos a compartir un pasaje del Nuevo Pacto...” y se refieren a historias de los evangelios. Sin embargo, el Nuevo Pacto no comienza con el nacimiento de Jesús ni después de su bautismo. Es decir, relatos como los de Bartimeo, la mujer samaritana, el rico y Lázaro, el paralítico de Betesda, la mujer adúltera o el hijo pródigo no pertenecen al Nuevo Pacto, sino al Nuevo Testamento.

Ahora bien, no sugiero que esté mal predicar cualquier pasaje bíblico, pues toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, redargüir, corregir e instruir en justicia (**2 Timoteo 3:16**). Lo que sí debemos hacer es situarla en el contexto correcto y pasar toda enseñanza por la cruz, de modo que nos conduzca al Nuevo Pacto que vivimos en Cristo.

Cuando no utilizamos bien la Biblia, no edificamos sobre la versión eterna. En algunas reuniones he visto cómo, al iniciar el culto, quien lo coordina abre con un pasaje de Daniel; las canciones que se entonan están fuera de pacto y no reflejan lo que vivimos hoy; luego, el cantante cita los salmos y habla de David; un hermano que comparte una reflexión menciona a Sansón; quien levanta la ofrenda cita Malaquías; y el predicador comienza con Moisés, pasa por los escritos de Pablo y termina con Nehemías. Si todo esto encuentra un marco práctico para nuestra generación, es un verdadero milagro del Señor.

El problema radica en querer encontrar en la Biblia el respaldo para todo lo que queremos decir. Pensamos que si no sustentamos una idea con un versículo, esta carece de valor. Sin embargo, ser bíblicos no significa utilizar la Biblia como un pretexto, mucho menos sacándola de contexto. La versión eterna va más allá de un versículo: es vida, y traspasa toda enseñanza. Si la luz de la Palabra no nos atraviesa por completo, lo que queda puede ser solo una versión humana que motiva el alma, pero no una enseñanza eterna y espiritual.

¿Es verdaderamente confiable la Biblia que conocemos? Por supuesto. En ella encontramos todo lo necesario para crecer conforme a los lineamientos de Dios. Es cierto que no existen rastros físicos de los originales de la Biblia alejandrina, ni de los textos de los filósofos griegos presocráticos. Muchos de estos escritos se perdieron debido a los saqueos e incendios de la legendaria biblioteca de

Alejandría, así como por la fragilidad de los materiales en los que fueron transmitidos, como papiro, vitela y cuero.

La supervivencia del conocimiento bíblico se logró mediante la elaboración de miles de copias a lo largo de los siglos. No obstante, no podemos ignorar que este proceso de copiado presentó desafíos hermenéuticos y riesgos significativos, ya que la posibilidad de errores de interpretación o transcripción fue una realidad.

Los copistas, a menudo monjes en monasterios, podían cometer errores ortográficos, distraerse o incluso realizar correcciones doctrinales deliberadas. Por ello, fue necesario comparar copias entre sí para reconstruir los textos de la manera más fiel posible a los originales. Está comprobado, que existen muchas variantes en los distintos manuscritos griegos del Nuevo Testamento que han llegado hasta nuestros días. Algunas son diferencias menores sin trascendencia, pero otras implican cambios significativos.

Se estima que hay más de setenta mil variantes significativas en los manuscritos griegos del Nuevo Testamento. Sin embargo, las ediciones críticas modernas han reducido este número a un nivel manejable, ordenando, evaluando y seleccionando los textos más confiables. Las ediciones críticas del Nuevo Testamento utilizadas por los eruditos no son idénticas a ninguno de los manuscritos antiguos sobrevivientes; en realidad, son una composición de muchas versiones distintas.

En 1947, dos pastores beduinos descubrieron en una cueva a orillas del Mar Muerto antiguos rollos resguardados en vasijas. Estos rollos, conocidos como los Rollos del Mar Muerto, datan aproximadamente del 150 a.C. al 70 d.C. y contenían extractos o pasajes completos de los libros de la Biblia.

El descubrimiento de los Rollos del Mar Muerto generó numerosas teorías sobre su contenido. Algunos afirmaban que estos textos reinterpretaron los Escritos Sagrados y que la historiografía cristiana los había deformado. Otros sugerían que la Iglesia ocultaba su contenido debido a las supuestas contradicciones que revelaban sobre Jesús. Sin embargo, aunque estos manuscritos esenios permitieron completar algunos pasajes oscuros de las Sagradas Escrituras, no revelaron nada realmente sorprendente. Lo que sí demostraron fue la precisión del trabajo de los doxógrafos y paleógrafos cristianos, quienes lograron componer unos escritos sagrados bastante fieles a los originales.

La Biblia se ha transmitido a través de la copia manual de manuscritos, la impresión, y en la actualidad, la digitalización. Durante siglos, la copia manual fue el método principal, y se realizaron miles de copias de los textos bíblicos. La invención de la imprenta en el siglo XV permitió la producción masiva de Biblias, y su difusión a un público más amplio. Hoy en día, la Biblia está disponible en una infinidad de diseños, tamaños y colores, además de sus formatos digitales, que facilitan su acceso y estudio.

También contamos con diversas versiones de la Biblia, resultado de traducciones y revisiones realizadas a lo largo de la historia. Cada versión busca reflejar lo más fielmente posible el texto original, pero las diferencias en interpretación y enfoques lingüísticos pueden generar variaciones en cada traducción.

En mi computadora tengo un programa con casi cien versiones diferentes, lo que puede ser muy útil para enriquecer el entendimiento de ciertos pasajes. Sin embargo, también puede generar confusión cuando alguien intenta profundizar en versiones diseñadas para facilitar la comprensión del texto. Jesús enseñó:

***“Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido”.***

Mateo 5:18

Quienes interpretan estas palabras de manera estrictamente literal caen en el error de considerar que solo una versión bíblica es la auténtica y original. La realidad es que, más allá de la versión utilizada en una congregación específica, ninguna puede reclamar el título de ser “la original o verdadera”.

Algunos consideran que la Reina-Valera 1960 es la única Biblia original, pero hemos visto que tal cosa no existe. Las versiones comenzaron a editarse a partir de escritos que fueron recopilados, copiados, corregidos y traducidos

durante miles de años. Un texto que ha pasado del hebreo al griego, luego al latín y posteriormente al inglés, francés, alemán o español, difícilmente puede conservar la categoría de original.

La actual Reina-Valera es el resultado de un conjunto de revisiones hechas por las Sociedades Bíblicas Unidas sobre una de las primeras traducciones al español. Por un lado fue creada la Biblia del Oso de 1569, llamada así por tener en su tapa a un oso comiendo miel. Esta Biblia fue editada por Casiodoro de Reina, un monje español convertido al protestantismo, quien utilizó el texto masorético para el Antiguo Testamento y el llamado: “textus receptus” para el Nuevo Testamento. Por otra parte, tenemos a Cipriano de Valera, quien sacó su primera revisión en 1602.

A través de los años se hicieron varias versiones diferentes de la popular Reina Valera, siendo la última la de 1960, cuya revisión fue llevada a cabo por un grupo de biblistas de varios países hispánicos provenientes de diversas denominaciones protestantes. La comisión revisora tuvo en cuenta las observaciones hechas por pastores y laicos de España y América Latina, para dar forma a la Biblia que hoy utilizan la mayoría de las Iglesias.

Por otra parte, existen versiones con siglos de historia, como la Biblia Alfonsina (1280), la Biblia de Felipe Scío (1793), la Biblia de Torres Amat (1825), la Biblia Nácar-Colunga (1944) o la Biblia de Jerusalén (1967). También hay versiones más recientes, como la Nueva Biblia Española

(1976), Dios Habla Hoy (1978), la Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Nueva Versión Internacional (NVI), Nueva Traducción Viviente (NTV), La Biblia Hispanoamericana, La Biblia al Día, Lenguaje Sencillo o Palabra de Dios para Todos, entre muchas otras.

El paso del tiempo, los cambios en los modismos, la riqueza de los idiomas y el criterio de los editores han modificado ciertos pasajes bíblicos. No obstante, la Palabra de Dios sigue siendo la Palabra de Dios, y no debemos caer en el error de creer que solo una versión es la única válida o la que más se ajusta a los textos originales, porque eso nadie lo puede asegurar.

Algunos atacan ciertas versiones bíblicas, considerándolas corruptas o incluso diabólicas, mientras que otros defienden determinadas versiones como si fueran infalibles. Sin embargo, la verdad es que la Biblia trasciende las versiones. Lo que realmente necesitamos es mantener una profunda comunión con el Espíritu Santo, ser sencillos y, al mismo tiempo, conservar la profundidad en nuestro entendimiento.

Recuerdo que en una ocasión, estaba impartiendo un módulo de la Escuela de Gobierno Espiritual (EGE) en una ciudad de Buenos Aires. Muchos de los participantes eran pastores. Durante el primer taller, a los pocos minutos de haber comenzado, observé que dos pastores se levantaron y se marcharon.

Desde la plataforma, esos movimientos son evidentes, así que, en el intervalo, le pregunté al apóstol que organizaba el evento, qué es lo que había ocurrido. Para mi sorpresa, me dijo que se habían ido enojados porque había citado un pasaje de una versión bíblica que ellos rechazaban.

Por supuesto que no me molestó esa reacción, pero sí me tristeció el nivel de rechazo que pueden llegar a tener algunos ministros, hacia una simple versión bíblica, incluso al punto de abandonar una enseñanza en los primeros minutos, aun cuando ni siquiera estaba basando mi mensaje en ese texto, sino que lo había mencionado para enriquecer el entendimiento. La intolerancia y la falta de criterio para acceder al conocimiento de la verdad, más allá de las versiones bíblicas, nos vuelven personas complicadas, distantes y ciertamente necias.

La verdad de la Biblia, se encuentra en el misterio de la unidad que la liga magistralmente, en la verdad absoluta del diseño eterno manifestado en Cristo, desde el principio hasta el final. Esto es difícil de explicar para quienes no han recibido la gracia de la vida en Cristo, pero Su verdad se manifiesta claramente, más allá de la exactitud de cada texto bíblico.

No sugiero que las precisiones no sean importantes. Cuando busco exactitud, recurro a las palabras originales en hebreo o griego y exploro la riqueza de sus significados en español. Luego comparo diferentes versiones para obtener una visión más completa de lo que el Señor quiere

expresarnos. Sin embargo, no necesitamos hacer esto de manera constante, y mucho menos basarnos en comentarios arraigados en tradiciones judías.

No es que debamos evitarlos por completo, sino que no debemos enseñar tradiciones sin respaldo bíblico. Podemos mencionarlas por curiosidad, pero siempre dejando en claro que no se debe hacer doctrina de una tradición histórica. En otras palabras, tenemos todo lo necesario para recibir entendimiento de “la versión eterna” y ponerla en práctica sin complicaciones.

Las muchas herramientas y versiones actuales no deberían desviar nuestro enfoque, ni ser motivo de divisiones hostiles. Hace algunos años, no contábamos con tantas posibilidades de intercambio, y parece que eso mantenía más unidos ciertos criterios de juicio. Pero esto no debe ser así, los muchos materiales de estudio, como concordancias, manuales, diccionarios, comentarios, y las muchas versiones bíblicas, solo deberían producir prácticos enriquecimientos y no conflictos que nos separan.

La solución para este mal está en la vida espiritual que podamos sostener. No podemos ponernos profundos con las Escrituras, cuando no somos profundos en nuestra comunión con el Espíritu Santo. No podemos desarrollar humildad, tolerancia, discernimiento, sabiduría y un sano criterio de juicio, si no sostenemos una vida de sumisión y dependencia absoluta del Espíritu Santo.

El avance tecnológico no debería ser capaz de afectar nuestra unidad espiritual con absurdas hostilidades. Debemos dejar de atacarnos en redes sociales, ya que son espacios públicos y abiertos donde no se deben ventilar diferencias doctrinales. Como hermanos en Cristo, deberíamos respetarnos, actuando con temor a nuestro Padre, y cada uno en su zona de obispado.

Debemos priorizar la centralidad en lo que consideramos como la versión eterna, pero a su vez debemos estar abiertos a intercambiar, aprender y escuchar a otros consiervos, y más allá de las diferencias lógicas que puedan surgir, no debemos dramatizar el asunto, pues nuestras hostilidades nos dejan mal parados ante la sociedad.

*“Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?*

*No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.*

*Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder.*

*Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”.*

Mateo 5:13 al 16

Las divergencias, la intolerancia, las críticas y la hostilidad entre ministros y hermanos, no deberían ser

públicas ni destructivas. Nuestra misión es ser luz y sal para este mundo. El fundamento del evangelio, basado en la obra de Jesucristo, no merece nuestras discusiones inútiles y destructivas. Si no queremos perder nuestra luz y ser pisoteados como sal insípida, debemos dejar de atacarnos unos a otros.

Tolerancia no significa aceptar todo lo que está mal, ni ignorar ciertas realidades. Tampoco implica dejar de reconocer doctrinas erróneas o mantener comunión con el pecado. La verdadera tolerancia consiste en enfocarnos en predicar y vivir la verdad, sin que nuestro objetivo principal sea combatir el error de otros. La versión eterna es más importante que todo lo demás, y esa debe alimentar nuestro enfoque y ser nuestra motivación diaria.

*“Por eso hay que tener mucho cuidado con la forma de vivir. No vivan como la gente necia, sino con sabiduría. Esto quiere decir que deben aprovechar toda oportunidad para hacer el bien, porque estamos en una época llena de maldad. No sean tontos, mejor traten de entender cuál es la voluntad del Señor”.*

Efesios 5:15 al 17 PDT



# Capítulo tres

## **VERSIONES EXPUESTAS**

*“Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará”.*

Daniel 12:4

A Daniel se le concedió una visión de numerosas profecías que abarcan desde su tiempo hasta la segunda venida del Señor, momento en el cual se manifestará definitiva y plenamente el Reino de Dios sobre el mundo. Algunas de esas profecías le fueron dadas a Daniel, pero quedaron selladas hasta los tiempos del fin.

En el monte de los Olivos, Jesús proporcionó algunas claves para la comprensión profética. Sin embargo, a lo largo de los años, se han realizado tantas interpretaciones que lo simple ha terminado volviéndose algo absolutamente complejo y de difícil acceso para la mayoría.

Las profecías de los últimos tiempos nos permiten ver con claridad que estamos presenciando cambios sin precedentes, no solo porque ha crecido el entendimiento profético dentro de una facción del liderazgo cristiano, sino también porque vivimos en un contexto de crecimiento científico y tecnológico global que, ciertamente, genera gran temor, o al menos debería generarlo si lo observamos desde una perspectiva profética.

El problema que enfrentamos es que muchos hermanos no solo no sienten temor ante el avance tecnológico, sino que lo utilizan de manera imprudente, sin comprender el daño que pueden causar. Como mencioné anteriormente, hay quienes critican abiertamente a ministros y, aunque en muchos casos puedan tener razón, hacerlo a través de las redes sociales afecta negativamente a muchas personas ajenas a la Iglesia.

Existen situaciones que deben tratarse en privado, no en redes sociales. Es cierto que hay falsos ministros, falsas unciones, mentiras y manipulaciones, pero estas siempre han circulado dentro de la Iglesia con la intención de causar daño. De hecho, el apóstol Juan afirma que, en su época, el espíritu del anticristo ya estaba operando en el mundo y afectando a la Iglesia (**1 Juan 4:3**).

Si deseamos exponer o advertir sobre ciertas falsedades, debemos hacerlo en los ámbitos adecuados, no mediante redes sociales, pues esto demuestra una gran ignorancia espiritual. Atacar públicamente a la Iglesia no beneficia a nadie, y aunque algunos intenten justificarse

diciendo que solo denuncian lo falso, la realidad es que los incrédulos no pueden diferenciar entre lo verdadero y lo falso. Ven a un pastor robando, manipulando o mintiendo y asumen que todos los pastores son iguales. Lamentablemente, la generalización es otro mal de nuestra época.

Hace un tiempo, publiqué un video titulado: “Nada falso existe en la Iglesia”, un título irónico que utilicé precisamente para exponer a quienes critican públicamente a la Iglesia. El concepto que planteé fue que, si algo es falso, no pertenece a la Iglesia. Es decir, un billete de un dólar que sea falso, no es un dólar; puede parecerlo, pero no lo es. Sin embargo, muchos reaccionaron de manera hostil y comenzaron a criticar sin siquiera escuchar el mensaje, pues para ellos el título era razón suficiente para justificar sus argumentos.

Al final, tuve que desactivar los comentarios porque la hostilidad crecía cada vez más. No es que estuviera negando la existencia de lo falso, sino que afirmaba que, si es falso, no es parte de la Iglesia. Algunos me enviaron estudios con versículos bíblicos intentando probar que dentro de la Iglesia hay muchas cosas falsas, pero eso solo reveló la actitud de quienes no comprendieron el propósito de aquel mensaje.

Es asombroso cuántos cristianos operan desde la ignorancia espiritual. Ante los constantes ataques que recibe la Iglesia en redes sociales, solo expuse que la Iglesia es el cuerpo de Cristo y que todo lo que pertenece a su cuerpo no

puede ser falso. Simplemente creo que lo falso no es parte de la Iglesia, por lo que no debemos señalarlo como si lo fuera.

Con esto no estaba defendiendo a nadie, porque el Señor no necesita eso, ni me ha pedido que haga tal cosa. Solo expuse la absurda actitud de quienes creen que, atacando a ciertos ministros en redes sociales, incluso a los que realmente son falsos, no afectan a la Iglesia en su conjunto. No comprenden que, para la gente común, lo falso y lo verdadero son indistinguibles, y el resultado es un mayor descrédito generalizado.

Hay algunos ministros que manejan muy bien la comunicación virtual y algunos tienen decenas de miles de seguidores, y creo que, muchas veces, no comprenden el grado de influencia que ejercen a través de sus enseñanzas. Digo que no lo comprenden porque, si lo hicieran, extremarían sus cuidados para no decir nada que pudiera generar conflictos en personas que ni siquiera pertenecen a sus congregaciones.

Por ejemplo, algunos músicos muy famosos tienen miles y miles de seguidores debido a su hermoso ministerio. Sin embargo, extrañamente, luego comienzan a enseñar. Y está muy bien que imparten clases sobre música y adoración en la Iglesia, porque es un área que conocen en profundidad y resulta valioso que puedan transmitirlo. No obstante, también se aventuran a dar enseñanzas profundas que, en muchos casos, puedo afirmar como maestro que están equivocadas o carecen de un desarrollo claro.

Las personas que los escuchan adoptan rápidamente los conceptos de estos admirados ministros, y como consecuencia, generan problemas en sus congregaciones, pues entran en desacuerdo con sus pastores o líderes, dando mayor rango de autoridad al popular ministro que tanto admirarán. Estos hermanos, deberían tener en claro que los dones, la fama, o los logros de estos ministros, no son garantía de infalibilidad.

Todos aquellos que gozan de gran popularidad entre los cristianos deberían extremar sus cuidados, porque no solo se dirigen a los hermanos de sus propias congregaciones, sino también a creyentes de distintas ciudades e iglesias. Estos ministros, con descuido, utilizan su influencia para congraciarse livianamente con las demandas del pensamiento general, sin considerar que sus oyentes están siendo discipulados por sus líderes bajo la visión de la casa a la que pertenecen.

No estoy sugiriendo que algunos no deban enseñar o que los hermanos no deban escuchar. Las limitaciones o prohibiciones nunca son una expresión de sabiduría. Que cualquiera diga lo que deseé es inevitable, pero, tratándose en su mayoría de cristianos de buena voluntad, ruego que tengamos cuidado con lo que decimos y con lo que escuchamos. En estos tiempos, la apostasía crecerá exponencialmente, y ya hemos sido advertidos de ello:

***“Hubo también falsos profetas entre el pueblo de Israel; y así habrá falsos maestros entre ustedes. Ellos enseñarán***

*con disimulo sus dañinas ideas, negando de ese modo al propio Señor que los redimió; esto les atraerá una rápida condenación. Muchos los seguirán en su vida viciosa, y por causa de ellos se hablará mal del camino de la verdad”.*

2 Pedro 2:1 y 2 (DHH)

Los pastores y líderes, no deberían prohibir que sus discípulos escuchen o vean, contenido en redes sociales o en plataformas donde se difunden enseñanzas, pues tal prohibición solo agravaría el problema. Lo que debemos hacer es enseñarles a discernir entre lo verdadero y lo falso, entre la verdad y la mentira. Debemos instruirlos correctamente para que alcancen una sana madurez espiritual, y advertirles, con fundamentos sólidos, sobre cuál es la perfecta voluntad de Dios.

Al mismo tiempo, todos los que tenemos una responsabilidad ministerial, debemos capacitarnos constantemente y permitirnos pensar, cuestionar y escudriñar cualquier tema que pueda ser polémico. No debemos asumir que sabemos todo de manera correcta. Reitero: debemos permitirnos pensar, y por supuesto, no me refiero a doctrinas fundamentales, sino a doctrinas periféricas y a temas sobre los cuales existen claras divergencias.

Hace algunos años, estas cuestiones no representaban un problema, porque cada congregación trabajaba de manera diferenciada y de puertas adentro. Nadie cuestionaba ni interfería en sus líneas de enseñanza. Sin embargo, el avance

tecnológico ha derribado esas barreras y ha hecho que, inevitablemente, se produzcan constantes intercambios entre personas y distintos expositores virtuales.

No veo esto como algo negativo; simplemente observo que muchos no comprenden cómo manejar esta realidad. Al final, hay cosas que deben ser dichas, y punto. Soy maestro, tengo un profundo temor del Señor y un gran respeto por la Iglesia. No deseo, ni jamás procuraría perjudicarla con críticas a la gestión histórica de su liderazgo. Sin embargo, el avance de los cambios sociales y las presiones tecnológicas me acorralan, al punto de no poder callar lo que debe ser dicho, aunque algunos puedan sentirse tristemente afectados.

Como comunicador de la Palabra, comencé a utilizar los medios virtuales para exponer mis enseñanzas. Con el tiempo, comprendí que muchos hermanos aprendían o expandían sus conocimientos mientras que sus líderes se negaban a escuchar. Inequívocamente, esto comenzó a causar algunos conflictos que, por mi parte, nunca quise generar. Por ello, traté de ser muy cuidadoso al expresarme, y de evitar decir ciertas cosas abiertamente. No porque fueran incorrectas, sino porque preferí trabajar primero con el liderazgo, para que la revelación llegara a ellos antes que a sus discípulos.

Sin embargo, con el tiempo, comprendí que un gran porcentaje de esos líderes no estaban dispuestos a escuchar nada diferente a lo que ya creían saber.

Mientras procuré una actitud ética y prudente, otros invadieron las redes con gran incontinencia verbal, al grado de no solo decir algunas cosas, sino de enseñar muchas de manera errónea. Al final, algunas cosas deben ser enseñadas, y está claro que muchos líderes no cambiarán, no escucharán y no saldrán jamás de sus estructuras.

Dios sabe que procuré durante algunos años no decir ciertas cosas para evitar confrontaciones, y he orado para que la Iglesia despierte, y que mis consiervos en todo el mundo tengan la humildad de debatir con altura ministerial algunos temas que deben ser tratados. Sin embargo, ante la ausencia de resultados, ante la negativa y la hostilidad de algunos, me siento acorralado, o presionado a decir lo que debe ser dicho. El reloj biológico interno me dice que, si una persona de ochenta años vive solo cuatro mil semanas y yo ya he consumido tres mil, es porque no tengo tiempo para esperar a mis consiervos. Debo enseñar sin reservas, porque al final, quienes no tienen fundamentos ni temor, hablan y hablan sin medir las consecuencias.

Reitero: no deseo criticar a nadie, solo deseo exponer la verdad conforme la interpreto, pero inevitablemente las diferencias doctrinales y las fuertes fortalezas que se levantan hacen muy difíciles los sanos debates, los edificantes intercambios y los ajustes necesarios para que todos cultivemos una misma manera de pensar e interpretar el evangelio del Reino, conforme a la voluntad del Señor.

También comprendí que tengo dos opciones: o me silencio para que los imprudentes ocupen toda plataforma, o digo lo que debe ser dicho, aunque esto genere el despertar de los hermanos antes que el de sus líderes. Al final, la versión eterna siempre fue comunicada por valientes, más allá de la indiferencia de muchos y las constantes e inevitables críticas.

Reitero: el problema no son las redes, ni la popularidad de quienes enseñan, ni el sano deseo de comunicar el evangelio. El problema no es que la gente escuche, porque eso es inevitable, y si las enseñanzas están bien pueden enriquecerlos. El problema surge si los comunicadores no se preparan adecuadamente, si lo que enseñan está mal, o si el resto de los líderes se niega a evaluar, analizar y cambiar si es necesario. Este es un tiempo difícil y debemos tomar partido de lo que está ocurriendo.

***“Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos os pongáis de acuerdo, y que no haya divisiones entre vosotros, sino que estéis enteramente unidos en un mismo sentir y en un mismo parecer”.***

1 Corintios 1:10 (LBLA)

Aquí es donde quisiera mencionar la historia de un predicador llamado Apolos, quien era un evangelista, apologista, líder de la iglesia y amigo del apóstol Pablo. Este era un judío de Alejandría, descrito como una persona elocuente, poderosa en las Escrituras, ferviente en el espíritu y además, instruido en el camino del Señor (**Hechos 18:24**).

En el año 54 d.C., Apolos viajó a Éfeso, donde enseñó valientemente en la sinagoga. Sin embargo, en ese momento, la comprensión que Apolos tenía del evangelio era incompleta, ya que solo estaba familiarizado con el bautismo de Juan (**Hechos 18:25**). Se considera que Apolos predicó el arrepentimiento y la fe en Jesucristo como el Mesías, aunque no conocía la verdadera magnitud de la muerte y resurrección de Jesús.

Aquila y Priscila, amigos de Pablo, pasaron un tiempo con Apolos, y le ayudaron a tener una mejor comprensión de la obra integral del Señor Jesucristo, y el ministerio del Espíritu Santo en el Nuevo Pacto (**Hechos 18:26**). Apolos nos da un gran ejemplo de humildad al escuchar y corregir correctamente el enfoque de sus enseñanzas. Fue por eso que Dios lo usó grandemente como un apologista efectivo del evangelio (**Hechos 18:28**).

Apolos viajó por toda la región de Acaya y eventualmente llegó a Corinto (**Hechos 19:1**), donde cultivó la vida de aquellos sobre los cuales el apóstol Pablo había sembrado el evangelio (**1 Corintios 3:6**). Es importante recordar también que la elocuencia y efectividad de Apolos despertaron la admiración de muchos hermanos que llegaron a identificarse con él. No es que Apolos tratara de generar esto, pero así ocurrió, y por eso Pablo se ocupó de aclarar el error de este favoritismo en **1 Corintios 1:12 y 13**, donde enseñó que Cristo no está dividido, y ningún cristiano debería estarlo.

Apolos era un hombre culto, con un celo por el Señor y un talento para la predicación que no todos podían igualar. Si hoy en día existiera Apolos, seguramente sería un gran comunicador de YouTube, y sus videos serían vistos por miles y miles de personas. Sería un hombre muy popular y, seguramente, en todo lugar donde se armara un evento para que él expusiera la Palabra, se llenaría de grandes multitudes.

Esto sería muy positivo para todos, y hoy en día hay gente que tiene esa llegada similar a la de Apolos. Pero lo que debemos rescatar es la actitud que él demostró, y también el respeto de sus colegas. Él trabajó en la obra del Señor, ayudando al ministerio de los apóstoles y fielmente edificando la iglesia. Su vida debería animarnos a crecer en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor, capacitándonos humildemente (**2 Pedro 3:18**), ampliando nuestro entendimiento del evangelio y potenciando los dones que Dios nos ha dado para promover la verdad.

Supongo que la admirada elocuencia de Apolos, y los muchos seguidores que tenía podrían haberlo sostenido en el orgullo, creyendo que su evangelio era absoluto y correcto. Sin embargo, Apolos se dejó corregir. No reprendió a Priscila y Aquila, sino que los escuchó atentamente, y orando a Dios, corrigió y enriqueció su mensaje, sujetándose correctamente a la versión eterna.

Apolos no ejerció su ministerio ni aprovechó su elocuencia para enriquecerse, ni para ganar el favor de sus oyentes abriendo varias obras bajo su autoridad, con

presunciones de enseñar un mejor evangelio. Seguramente, si Apolos hubiese creado un ministerio en esa época, habría logrado muchos adeptos a pesar de su deficiente doctrina, pero ese no era el diseño de Dios para su ministerio, y eso es lo que todos debemos aprender.

Hoy en día, hay ministros que son muy populares y ciertamente poseen una gracia muy especial para comunicar el evangelio, pero deberían escuchar a sus colegas, intercambiar opiniones, procurar aprender y aceptar algunas reformas si es que son necesarias para mejorar sus enseñanzas. Deberían aprender a debatir sin enaltecerse, sin enojarse, sin levantar fortalezas, altiveces y argumentos (**2 Corintios 10:4 y 5**).

Algunos ministros, cuantos más logros y experiencias han tenido, más altivos se vuelven a la hora de considerar algún error. Sin embargo, deberían comprender que todos podemos estar honestamente equivocados. Lamentablemente para todos los que servimos a Dios, los buenos resultados, las capacidades, o la manifestación de los dones del Espíritu, pueden hacernos pensar que Dios nos está respaldando en todo lo que hacemos y enseñamos, pero esto no es verdad.

El apóstol Pedro, después del Pentecostés, comenzó a ser usado por Dios de manera tremenda. Ese primer día de llenura espiritual, predicó un breve mensaje y se convirtieron tres mil personas (**Hechos 2:41**). Luego lo vemos sanar a un cojo en el templo “la Hermosa” (**Hechos 3:6**). Vuelve a predicar ante el Concilio, y además, se salvan otras cinco mil

personas (**Hechos 4:4**). Luego confronta a Ananías y Safira, quienes caen muertos a sus pies por mentir al Espíritu Santo (**Hechos 5:1 al 11**).

En **Hechos 5:15**, vemos que la gente se sanaba con su sombra, y en el verso **16** dice que todos eran sanados. Luego lo encarcelaron, pero un ángel del Señor lo saca de la cárcel de manera milagrosa (**Hechos 5:19**). En **Hechos 6**, lo vemos con los demás apóstoles levantando obreros, imponiendo las manos para impartir la unción que portaba. En **Hechos 9**, lo encontramos resucitando a Dorcas, pero en **Hechos 10** lo vemos negándose a una orden directa del Señor.

Pedro había subido a una azotea para orar tranquilamente. Era como el mediodía, cuando, de pronto, sintió hambre y quiso comer algo. Mientras le preparaban la comida, Pedro tuvo una visión. Vio que el cielo se abría y que bajaba a la tierra algo como un gran manto, colgado de las cuatro puntas. En el manto había toda clase de animales, y hasta reptiles y aves.

En ese momento, Pedro oyó la voz de Dios que le decía: “**Levántate, Pedro, mata y come**” (**Hechos 10:13**). Fue entonces que Pedro le respondió: “**Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás...**” Pregunto: ¿No es Dios el que le está diciendo que coma? ¿Cómo puede el ungido de Pedro decirle que no a Dios? De hecho, esto no ocurrió una sola vez, sino tres veces.

Lo que pretendo decir, es que no importa cuánto nos pueda usar el Señor a través de los dones, los talentos y las capacidades del Espíritu Santo, eso no significa que esté aprobando todo lo que hacemos y enseñamos. De hecho, quienes habían oído el discurso de Pedro en **Hechos 2**, muy compungidos de corazón le habían preguntado: “*¿Qué haremos para recibir al Espíritu Santo?*” Y Pedro les dijo: “*Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo*” (**Hechos 2:38**).

Esto pudo haber parecido correcto, pero al llegar a la casa de Cornelio, el Señor le demostró que ese orden solo había sido un invento de él, porque los gentiles que estaban presentes en su visita no se habían bautizado y nada habían expresado de un arrepentimiento, cuando, bautizados por el Espíritu Santo, comenzaron a hablar en lenguas espirituales (**Hechos 10:44 al 48**).

Reitero: Debemos tener claro que no importa cuánto el Señor pueda usar nuestras vidas, nada es garantía de infalibilidad. Todos debemos estar siempre atentos, en un constante estado de humildad, permitiendo que el Señor nos corrija e instruya a través de Su Espíritu Santo y la vida de otros consiervos.

Hoy en día, quienes tienen grandes ministerios y son famosos por causa de los medios, difícilmente pueden ser corregidos, porque la autoridad que creen tener proviene de sus logros ministeriales. De nuevo: Todos podemos estar

honestamente equivocados y no darnos cuenta de ello. Todos debemos intercambiar conceptos escuchando humildemente a otros, y todos debemos reconocer la autoridad de algunos consiervos para recibir ajustes doctrinales y ser calibrados para permanecer en la versión eterna.

*“Por el encargo que Dios me ha dado en su bondad, os digo a todos que nadie piense de sí mismo más de lo que debe pensar. Antes bien, piense cada uno de sí con moderación, según los dones que Dios le haya concedido junto con la fe. Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros sirven para lo mismo, así también nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo y estamos unidos unos a otros como miembros de un mismo cuerpo”.*

Romanos 12:3 al 5 DHH



## Capítulo cuatro

# **VERSIONES CORREGIDAS**

*“Dichoso el que lee, y dichosos los que escuchan la lectura de este mensaje profético y hacen caso de lo que aquí está escrito, porque ya se acerca el tiempo”.*

Apocalipsis 1:3 DHH

Las Escrituras nos revelan claramente el glorioso diseño del Reino. Nos muestran el trato de Dios con los hombres a través de los patriarcas, el plan que se desarrolla a través de una nación, y la gestión de Cristo en los días de Su carne, incluyendo Su obra consumada en la cruz. Sin embargo, el Nuevo Pacto revela su vigencia a partir de la resurrección de Cristo, y la impartición de Su Espíritu sobre la Iglesia. Por lo tanto, la sustancia de este pacto la encontramos en el libro de los Hechos y en las cartas apostólicas.

Los escritos tan especiales del apóstol Pablo a las diferentes iglesias, así como sus consejos a los líderes que operaban bajo su influencia, junto con las cartas de Juan,

Pedro, Santiago y la carta a los Hebreos, componen los lineamientos fundamentales para el funcionamiento de la Iglesia bajo la versión eterna.

Cuando se habla de la Iglesia del primer siglo, se piensa que ellos tenían muy claro lo que implicaba el Nuevo Pacto, pero eso no es completamente cierto. El hecho de que funcionaran en el poder del Espíritu, no significaba de ninguna manera, que tuvieran un amplio entendimiento de los diseños divinos.

En el caso de los judíos, ellos llevaban una ventaja porque conocían las Escrituras, y comenzaron a comprender las sombras y las realidades de lo que estaban viviendo en Cristo, pero eso también generó el problema de la tendencia judaizante en los primeros siglos. Fue el apóstol Pablo quien luchó arduamente, a través de su revelación, para encontrar el equilibrio y un funcionamiento adecuado de la Iglesia.

Evidentemente, lo consiguió en gran medida, porque la Iglesia de ese tiempo, a pesar de no contar con las herramientas que tenemos hoy, funcionó de manera muy efectiva, aferrada al poder del Espíritu y al consejo apostólico. La Iglesia de Tesalónica fue un claro ejemplo de esto, porque Pablo les reconoció en su carta, la gran expansión que habían logrado con un evangelio relativamente equilibrado.

***“Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, habiendo recibido la palabra, en medio de mucha***

*tribulación, con el gozo del Espíritu Santo, de manera que llegasteis a ser un ejemplo para todos los creyentes en Macedonia y en Acaya. Porque saliendo de vosotros, la palabra del Señor ha resonado, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también por todas partes vuestra fe en Dios se ha divulgado, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada”.*

1 Tesalonicenses 1:6 al 8 LBLA

Tesalónica era una ciudad muy dinámica de Macedonia. Su economía era pujante y su posición geográfica era estratégica, ya que estaba en las principales vías marítimas y terrestres de la época. Ese corredor comercial que ocupaba era conocido como “la Vía Ignacia”, y se extendía desde Roma, pasando por el mar Egeo, la ciudad de Corinto y la popular ciudad de Éfeso.

Pablo llegó a Tesalónica en su segundo viaje misionero, y allí estableció una congregación vibrante, llena de celo divino, tal como él les había enseñado. Es como si ellos hubieran logrado expandir el evangelio de manera muy efectiva, a pesar de los riesgos que implicaba vivir el cristianismo en ese tiempo.

Sin embargo, con el paso del tiempo, parece que la iglesia en general, dejó de ser tan efectiva, y por esa razón, el Señor incluyó en las cartas apostólicas los mensajes a las iglesias de Asia Menor, dados a Juan en Patmos. Es como si las cartas apostólicas sirvieran como los fundamentos para la revelación de la Iglesia, mientras que los escritos de Juan en

Apocalipsis expresaran la motivación y la corrección a los desvíos funcionales.

Este libro pretende calibrar la dinámica de la Iglesia actual a través de la versión eterna, reconociendo que estamos transitando por ciertas dificultades. Por ello, no puedo eludir las cartas apostólicas ni dejar de considerar los mensajes de Jesús a las siete Iglesias mencionadas en Apocalipsis.

Las epístolas apostólicas sirven como bases para la expansión del evangelio, mientras que los mensajes dados por Jesús a Juan son correcciones y advertencias. Esto debe proveernos, en la actualidad, el entendimiento de la versión eterna y los recaudos necesarios para los tiempos del fin que, sin duda, estamos transitando.

Cada denominación se fundamenta en sus líneas doctrinales, y las diferencias entre ellas nos demandan tolerancia y comprensión para lograr la unidad. Sin embargo, las reformas de este tiempo y las exhortaciones de Jesús a través de Juan, deben comprometernos a realizar los cambios necesarios, para que podamos enfrentar el fin en perfecta sintonía espiritual.

En términos generales, podemos decir que el tiempo que transcurre desde la resurrección de Jesucristo hasta nuestros días constituye una sola dispensación: la de la Iglesia. Sin embargo, son claros los diferentes procesos que ha transitado la Iglesia históricamente. Hoy debemos

interpretar correctamente nuestro tiempo, y duplicar nuestro compromiso frente a lo que estamos observando en el presente sistema global. Es por esto que los mensajes expresados en Apocalipsis son claves para nosotros.

Muchos ministros ven el libro de Apocalipsis como un conjunto de complejas figuras que pueden ser interpretadas de mil maneras diferentes. Esta relación liviana con los textos, ha generado que la gran mayoría termine ignorando las profundidades de Apocalipsis. Esto es curioso, porque es el único libro llamado “Revelación”, y comienza diciendo que el propósito del mismo es otorgarnos una revelación mayor de Jesucristo y de los tiempos venideros.

*“La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la dio a conocer, enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan...”*

Apocalipsis 1:1

Los vertiginosos movimientos globales de esta generación, están afectando el entendimiento de la Iglesia respecto de la incommovible versión eterna. La pregunta sería: ¿si la versión eterna es incommovible, por qué nos produce tantas divergencias? Bueno, el Nuevo Pacto no está establecido desde la rigidez de los mandamientos escritos en las tablas de piedra, sino desde la manifestación espiritual de piedras absolutamente vivas.

La Ley dada a Israel no invitaba al pueblo a desarrollar diferentes interpretaciones, porque al final su resultado era la muerte. Sin embargo, la ley del Espíritu y la vida del Nuevo Pacto, debe ser gestionada desde la revelación espiritual, y esta gracia es la que algunos aprovechan de manera descuidada, como si el temor a Dios fuera una exhortación exclusiva del Antiguo Testamento, pero no del Nuevo Pacto.

Tal vez los judíos tenían en sus conciencias una temerosa actitud ante Dios, pero la inclusión de los gentiles en la Iglesia produjo varios matices difíciles de sobrellevar. A pesar de todo, la gracia del Señor no fue retenida, aunque los inconvenientes han estado presentes desde el primer siglo de la Iglesia.

El problema no es actual, sino que desde siempre la Iglesia ha padecido grandes dificultades. Notemos que incluso el apóstol Pablo, en sus días, escribió a Timoteo diciendo: ***“Me han vuelto la espalda todos los que están en Asia”*** (**2 Timoteo 1:15**). Por lo tanto, es claro que las iglesias mencionadas en Apocalipsis estaban incluidas en ese grupo.

Si sucedió en el primer siglo, ¿cómo no sucederá también en estos tiempos finales? Por eso, debemos poner atención a los mensajes entregados a Juan en **Apocalipsis 2 y 3**, donde el Señor nos muestra los cuidados que debemos tener y el camino que debemos andar en tiempos peligrosos. Las siete iglesias de Asia Menor no son solo congregaciones que han desaparecido; son plataformas proféticas claras para descubrir las realidades de la Iglesia en toda su dispensación.

Todo el libro de Apocalipsis tiene un carácter profético, y los mensajes a las siete iglesias de Asia Menor no son una excepción. Esto debe despertarnos, porque considerar que ciertos textos son proféticos no es una simple mención, sino la certeza de que dichos textos encontrarán su cumplimiento efectivo.

Además, debemos observar que el libro de Apocalipsis fue escrito alrededor del año 96 d.C. y, en esa época, se sabe por evidencias históricas que en Asia Menor había más de siete iglesias. Sin embargo, las siete mencionadas por Juan, no solo fueron el objetivo divino, sino que representaron a todas las iglesias de esa época y todas las demás hasta nuestros días.

Todos sabemos que la Iglesia es una sola, compuesta por todos los renacidos que, en cualquier lugar del mundo, han recibido la gracia del Señor. Sin embargo, también debemos observar que el Señor mismo menciona a “las iglesias de Asia Menor” (**Apocalipsis 1:11**). Esto no es el resultado de un descuido divino, sino la evidencia de que Dios observa y demanda a Su Iglesia desde sus diferentes facciones, y desde las diferentes asignaciones territoriales que la componen.

***“Escribe, pues, las cosas que has visto, y las que son, y las que han de suceder después de éstas. En cuanto al misterio de las siete estrellas que viste en mi mano derecha y de los siete candelabros de oro: las siete estrellas son los***

*ángngeles de las siete iglesias, y los siete candelabros son las siete iglesias”.*

Apocalipsis 1:19 y 20

Las visiones de Juan fueron dadas para establecer testimonio escritural sobre las cosas que han sucedido y sucederán en la Iglesia y en el mundo. Las siete estrellas representaban a los siete mensajeros de cada iglesia, y los siete candelabros eran las siete iglesias, a través de las cuales son representadas todas las de esa época y todas las que habrá hasta el tiempo del fin.

Si realmente deseamos entender correctamente la versión eterna y plasmar con hechos el evangelio del Reino, debemos considerar seriamente el consejo de Juan que escribió: *“Bienaventurado el que lee y los que oyen las palabras de la profecía y guardan las cosas que están escritas en ella, porque el tiempo está cerca”* (Apocalipsis 1:3). Esto implica que no solo debemos leer y estudiar las exhortaciones del Señor a las iglesias de Asia Menor, sino que debemos considerarlas como firmes advertencias para nosotros.

Además, no creo que sea casualidad que estas exhortaciones correctivas, figuren en los primeros capítulos del libro de Apocalipsis, porque todo el resto del libro revela de manera extraordinaria los sucesos que acontecerán antes del fin de la dispensación de la Iglesia. La segunda venida del Señor, Sus juicios, Su reinado terrenal y Sus diseños eternos

son los objetivos, pero las demandas son para el presente continuo de la Iglesia.

El apóstol Pedro mencionó algunos detalles sobre los juicios de Dios en los últimos tiempos, y advirtió que dicho juicio comenzaría por la casa de Dios (**1 Pedro 4:17**). Esto debe ser más que suficiente para que estemos atentos y humildes, dispuestos a ser corregidos mientras podamos acceder a esa gracia.

Consideremos también que, si hubo alguien que fuera conocedor del amor de Jesucristo, ese fue el apóstol Juan (**Juan 13:23**). Sin embargo, en la revelación del Cristo glorificado, Juan cayó a Sus pies como muerto y tuvo que ser fortalecido por el mismo Señor (**Apocalipsis 1:17**). Hoy, al igual que Juan y el resto de nuestros hermanos, amamos profundamente al Señor, pero no debemos perder de vista que Él vendrá como un poderoso Rey en busca de justicia.

La versión eterna no ha sufrido variaciones; ha sido la misma desde siempre. Y por las diferencias que manifestamos, es obvio que muchos debemos ajustar nuestro enfoque. Y digo “debemos” porque nadie puede considerarse exento de tal compromiso.

***“Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto: Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y***

*no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado.”*

Apocalipsis 2:1-3

El Señor comienza alabando la gestión de la Iglesia de Éfeso, pero también deja ver con claridad uno de los problemas de aquellos días: había muchos ministros que se decían ser apóstoles y no lo eran. Los hermanos de Éfeso no soportaban a los malos, pudieron detectar a los mentirosos y exponerlos. También fueron alabados por el mucho trabajo que realizaban para el Reino, pero deseó centrarme en el primero de los problemas que eran: “los falsos apóstoles”.

Hoy en día, estamos viendo esto por todas partes. Y, a decir verdad, aunque hay una clara evidencia de que muchos son falsos, los estamos aceptando como si al final no fuera tan grave. También tenemos a quienes se hacen pasar por ministros y no lo son, pero a esos, gracias a Dios, no les tenemos ninguna contemplación. Cuando los detectamos, los rechazamos de plano. Pero, ¿qué pasa con aquellos que son ministros y reciben el nombramiento de apóstol sin serlo?

Veo que hay muchos consiervos honestamente errados en este asunto. El movimiento apostólico no es un tema introducido en la iglesia en los años 80, es un diseño que tiene algo más de 2000 años. Sin embargo, fue desde esa década que comenzó la recuperación del ministerio apostólico, lo cual es como decir que comenzaron algunas reformas para avanzar hacia la versión eterna de la Iglesia.

El hecho de que la Iglesia haya pasado por algunos procesos oscuros en los que la religión, y las estructuras institucionales ahogaron algunas verdades, no significa que estas hayan muerto, ya que los diseños de Dios son eternos. Por lo tanto, la recuperación de la verdad apostólica, no es un mensaje novedoso de nuestra generación, sino la verdad restaurada de un diseño divino.

La Iglesia comenzó apostólica, y no debió pervertir su genética. Sin embargo, con el tiempo, el Señor vuelve todo a su cauce, porque la mano del hombre nunca podrá frustrar el propósito eterno. La esencia apostólica de la iglesia actual no pretende reconocer apóstoles para establecer nuevos fundamentos, sino que ha recuperado el reconocimiento de verdaderos apóstoles para restaurar e interpretar correctamente los fundamentos puestos por Cristo, quien es el Apóstol impartido a la Iglesia.

*“Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús.”*

Hebreos 3:1

La palabra “apóstol”, en griego, es “Apóstolos”, que significa delegado, embajador oficialmente comisionado, enviado, mensajero. Entonces, si un apóstol es alguien enviado con un propósito determinado, es claro que Jesucristo lo fue (**Juan 4:34; 7:16; 8:42**). En tal caso, la Iglesia también ha conservado esa esencia.

***“Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os Envío”.***

Juan 20:21

Tengamos en cuenta que en los discípulos estaba proyectada la Iglesia, desde su principio hasta su fin, incluyéndonos también a nosotros. Siempre mencionamos que nos comisionó, que nos “envió”; sin embargo, muchos se niegan a aceptar que la Iglesia debe ser apostólica por su propósito. Solo mencionan que la Iglesia es apostólica porque asume el credo apostólico, pero no por su función global.

Para comprender la esencia y funcionar en el diseño de una Iglesia apostólica, deben ser reconocidos aquellos que tienen el llamado a ser apóstoles. Son ellos quienes deben interpretar correctamente las enseñanzas apostólicas, que encierran los fundamentos de la versión eterna. Es decir, las cartas de Pablo eran cartas apostólicas, no cartas pastorales, por lo tanto deben ser interpretadas bajo una mentalidad y una visión apostólica, no pastoral.

Los pastores tienen una visión basada en la congregación, y así debe ser. Un apóstol, por su parte, debe tener una mirada global de la Iglesia y un claro panorama de la realidad presente en el mundo. Es por esto que cada cual debe ocupar el lugar y la tarea designada por Dios.

El nombramiento de un apóstol no tiene nada que ver con un mayor cargo institucional. Los apóstoles no se

reconocen por su trayectoria, ni porque tengan muchas obras, ni porque sean líderes en sus denominaciones, ni por lo que diga la gente, ni por su popularidad, ni por sus resultados, ni por la edad, ni por sus influencias, ni por nada que humanamente se nos pueda ocurrir. Los apóstoles verdaderos solo son el resultado de un llamado divino, y punto.

El problema es que detrás de los reconocimientos apostólicos hay una consideración errónea de cargos o jerarquías institucionales o ministeriales, y eso no debe ser así. Por eso, muchos buscan ser reconocidos como apóstoles, y muchos otros terminan rechazando la posibilidad de que hoy haya verdaderos apóstoles. En tal caso, ambos extremos son erróneos.

Evidentemente, el que pensó que un apóstol es el que tiene el cargo más elevado, no entendió ni medio lo que Jesús dijo. Él expresó todo lo contrario: la Iglesia no tiene un diseño descendente como en las naciones de la tierra, donde los gobernantes se enseñorean del pueblo o están por debajo de ellos (**Mateo 20:25 al 28**). La Iglesia tiene un diseño con fundamento apostólico, porque desde los apóstoles del primer siglo hasta nuestros días, el mayor es el servidor menor, para que la Iglesia crezca sana y no para someterla a un gobierno, sino para que sea gobernante.

Durante su ministerio terrenal, Jesús eligió doce apóstoles que lo acompañaron durante casi toda su gestión. Luego de Su resurrección y ascensión, los once que quedaron tras la muerte de Judas, nombraron a un reemplazante

**(Hechos 1:15 al 26).** Esta elección fue para establecer una plataforma de apóstoles que pudieran dar testimonio personal de la vida de Jesucristo. Esto no significaba que no habría otros apóstoles, sino que estos doce serían los testigos presenciales de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo.

También hubo otros apóstoles que aparecieron en la iglesia de Antioquía, con el encargo principal de llevar el evangelio a los gentiles **(Hechos 13:1 al 4)**. Entre ellos estaba Saulo, quien sería el famoso Pablo, del cual hoy nadie duda de su apostolado. También estaba Bernabé, a quien todos mencionamos, pero no todos descubren que también fue un apóstol. Por lo tanto, tan solo con este ejemplo, ya no tenemos a los doce, sino a catorce.

*“Y el sacerdote de Júpiter, cuyo templo estaba frente a la ciudad, trajo toros y guirnaldas delante de las puertas, y juntamente con la muchedumbre quería ofrecer sacrificios. Cuando lo oyeron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgaron sus ropas, y se lanzaron entre la multitud, dando voces”*

Hechos 14:13 y 14

Jacobo también fue un apóstol, ya que Pablo, quien se convirtió en apóstol pero no formaba parte del grupo de los doce, indicó claramente la función apostólica de Jacobo cuando escribió en su carta acerca de una de sus visitas a Jerusalén **(Gálatas 1:19)**. Sin embargo, los expertos que nunca faltan no lo consideran así.

En **Romanos 16:7** también encontramos a Andrónico y Junias, quienes formaron parte del plantel apostólico. Claro, algunos dirán que no eran nada y que solo eran estimados entre los apóstoles, pero una lectura más profunda de los textos originales deja claro que ellos también eran enviados, lo que nos lleva a más de quince apóstoles hasta el momento.

En **1 Tesalonicenses 1:1** y **2:6** encontramos a nuestros siguientes apóstoles. En el versículo **1** dice: “**Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses en Dios Padre y en el Señor Jesucristo: Gracia y paz sean a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.**” Vemos que esta carta la escribieron estos tres ministros del evangelio. Veamos lo que dice el versículo **2:6**: “**ni buscamos gloria de los hombres; ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos seros carga como apóstoles de Cristo.**” De ahí podemos ver que los tres eran considerados como apóstoles de Cristo, y no solo Pablo.

Como podemos ver, si no nos limitamos a una versión en castellano, sino que nos vamos al griego, encontraremos la palabra “*Apostolos*” en diferentes pasajes. Esto se debe a que no era extraño para la iglesia primitiva considerar como apóstol a un hermano, ya que no consideraban el apostolado como un cargo eclesiástico o un rango institucional, sino como un enviado, mensajero o servidor que cumplía una tarea asignada por Dios.

En fin, puedo continuar con la lista de apóstoles sugeridos en las Escrituras, y pueden indagar sobre esto en mi libro titulado “Poder apostólico”, pero en este material, no pretendo demostrar la existencia de los apóstoles hoy en día, sino señalar que hay muchos que se dicen apóstoles y no lo son, lo cual debemos detectar.

Reitero, no me estoy refiriendo solo a los falsos ministros, sino también a evangelistas, pastores, maestros o profetas, que asumen el nombramiento de apóstoles sin serlo. Debemos respetar la versión eterna, y es que el Padre debe determinar quién es quién en la Iglesia; todo lo demás simplemente debe ser rechazado.

Creo y enseño, que sería extraordinario en este tiempo, que cada uno de los líderes y ministros de la Iglesia actual seamos capaces de sincerarnos hasta el punto de devolver todo cargo que Dios no haya establecido, o de aceptar un rol que no hayamos querido asumir. La versión eterna se está ejecutando día a día, y no debemos ser nosotros los autores. Dios nos demanda obediencia, no creatividad. Debemos conducirnos con humildad y temor, porque el mensaje de Jesús a las Iglesias de Asia Menor no debe sernos ajeno.

***“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte”.***

Apocalipsis 2:11

# Capítulo cinco

## **VERSIONES ENFOCADAS**

*“Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido”.*

Apocalipsis 2:4 y 5

Para que la Iglesia pueda sostener su gestión de fe, conforme a la versión eterna, es necesario que se fundamente en el amor verdadero. El Señor destaca las obras de la Iglesia de Éfeso: su fatiga, su perseverancia y el sufrimiento sostenido por Su nombre, incluso señalando que, a pesar de todo, no han desmayado. Sin embargo, les dice que tiene algo en contra de ellos: nada menos que haber dejado su primer amor.

Evidentemente, los hermanos de Éfeso ejercían con gran esfuerzo todas sus funciones, pero habían perdido la pasión por la presencia del Señor. Tal vez el servicio mismo

se convirtió en el centro de sus vidas; tal vez la adoración pasó a ser solo una rutina o parte de una agenda semanal, pero no de la vida misma. Este es un riesgo que todos corremos si no cuidamos nuestra intimidad con Dios.

Éfeso fue una iglesia muy especial y favorecida por Dios, pues, en cierto tiempo, contó con el pastoreo de Timoteo y la atención apostólica de Pablo. De hecho, los vemos alimentados con carne y no con leche, ya que la carta a los Efesios es denominada por algunos comentaristas como “la reina de las epístolas”, “la composición más divina del hombre” e incluso “la corona del paulinismo”.

En esta carta, Pablo resume en gran medida los temas principales respecto a la versión eterna de la Iglesia, pero, por sobre todo, lleva sus pensamientos expresados anteriormente a nuevas dimensiones espirituales, pues comienza mencionando directamente al hombre posicionado en Cristo en lugares celestiales.

Increíblemente, años después de semejante privilegio, les dice por medio de Juan: **“Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor...”**. No sé cómo lo imaginarán los demás, pero creo que, al leer esto, los hermanos de Éfeso debieron sentir un terrible impacto en sus corazones. Me pongo en su lugar y me parece que sería extremadamente doloroso saber que, aun trabajando arduamente para la obra, el mismo Señor me dijera que he dejado mi primer amor.

Creo que la oscuridad del corazón nunca es tan profunda como cuando un alma redimida deja de sentirse satisfecha en Dios. Perder el deleite de Su presencia es lo peor que nos puede suceder; cuando eso ocurre, pueden quedar compromisos y actividades, pero falta el combustible para realizarlos efectivamente.

Las distracciones y el activismo pasan a tomar un rol protagónico y comienzan a entrometerse en los mejores intentos de tener momentos de verdadera intimidad con Dios. El corazón suspira ante los recuerdos de ardientes experiencias pasadas, pero el presente espiritual se torna vacío. Incluso dar testimonio o predicar la Palabra se transforma en una aburrida formalidad.

Los hermanos de Éfeso vivieron en una cultura difícil y perversa, no solo porque era una ciudad comercial, como vimos en el capítulo anterior, sino porque también era conocida por su culto a Artemisa, llamada por ellos “Diana de los Efesios”. Había un templo enorme en su honor, y en consecuencia, toda clase de falsa adoración a otros dioses.

La inmoralidad social era moneda corriente. Sin embargo, en un principio, los hermanos de Éfeso lograron apartarse de todo eso, pero lamentablemente cayeron en un error que se ha replicado en la Iglesia durante siglos: perder aquello por lo cual nació todo, “el amor”.

La verdad es que, en mis muchos años de ministerio, me he encontrado con algunos líderes elevados en

incomprensibles grados de altivez, de frialdad espiritual, o de simple profesionalismo ministerial. Como siempre digo: “No hay duda de que estos hermanos comenzaron bien; seguramente, cuando recibieron la gracia divina, se derritieron ante el Señor...”. Luego me pregunto: ¿qué les pasó? ¿En qué momento se olvidaron de ese primer encuentro con Él, de ese tiempo tan hermoso en el que aún no habían leído la Biblia ni entendían nada sobre la Iglesia?

Al final, imagino que comenzaron a participar en reuniones, realizar estudios bíblicos y comprometerse con diversas actividades. Con el tiempo, asumieron responsabilidades y, después de algunos años, ocuparon lugares de liderazgo, o en caso de recibir algún llamado, comenzaron a servir como ministros. Pero la pregunta que me hago es: ¿En qué momento dejaron de adorar con pasión y sencillez?

Hoy también vivimos en una sociedad difícil, en una cultura invasiva y especialmente oscura. Si no queremos caer en lo que les ocurrió a los hermanos de Éfeso, debemos recordar aquellos momentos de nuestra conversión: esos instantes en los que nos sentíamos apasionados por Dios, cuando adorar era una simple expresión de un corazón enamorado, cuando leer la Palabra resultaba tan deleitoso como saborear un manjar exquisito. Momentos en los que congregarnos era una elección y no una imposición, cuando conversar con los hermanos en la fe se volvía algo apasionante, porque nos sentíamos comprendidos y, a la vez, ministrados espiritualmente.

La versión eterna está basada en la profunda sencillez del amor. Cuando esa luz se apaga, solo queda la oscuridad de la religión y los falsos compromisos. Cuando vemos orgullo, pleitos, contiendas y divisiones, es porque alguien ha perdido la esencia del primer amor. Cuando los pastores se niegan a unirse con sus colegas, cuando se ven como competidores y argumentan con altivez, es porque han perdido la esencia del amor divino. No estoy sugiriendo que no aman a Dios, jamás haría tal cosa. Solo digo que han asumido un rol con demasiado peso y han olvidado la gracia que un día los alcanzó.

Todos, de vez en cuando, debemos regresar y recordar el amor con el que adorábamos sin entender nada, la emoción con la que agradecíamos a Dios por lo que recibíamos, aunque no supiéramos exactamente qué era. Debemos volver a la versión eterna, porque al hacerlo perderemos de vista nuestros argumentos, dejaremos de enfocarnos en los errores de los demás y veremos, en cambio, la gracia del Señor operando en nuestras vidas.

Cuando lleguemos al punto en el que Su amor nos desborde, preguntemos: ¿Por qué motivo apartamos los ojos de Él? ¿Cuándo fue que eso ocurrió? ¿Por qué o por quiénes dejamos de hacer Su voluntad? ¿Acaso alguien fue digno de que descuidáramos nuestro amor por Dios? ¿Será que, en algún momento, abandonamos las dimensiones del Nuevo Pacto y comenzamos a obrar desde la religiosidad?

No lo sé, las respuestas pueden ser muchas... solo sugiero preguntas que podrían parecer innecesarias, pero no lo son. En realidad, todos creemos estar bien con Dios, y si no lo estamos, puede que nos cueste detectarlo. No me refiero a la salvación ni estoy pensando en alguien apartado y viviendo en el desenfreno del pecado. Si alguien está en esa situación, con mayor razón debe volverse a Dios. Pero hablo, sobre todo, de hermanos y líderes que han perdido el fuego, que han dejado atrás la pasión y que, como la ranita en el agua caliente, se están acostumbrando a ello. ¡Debemos volver a la versión eterna fundada en el amor!

Este llamado a recordar no es una idea mía. Jesús dijo: “**Recuerda por tanto, de dónde has caído...**” (**Apocalipsis 2:5**). Cultivemos el deseo de recuperar una profunda comunión con el Señor, haciendo memoria de nuestros primeros días como cristianos. Si logramos visualizar esto, entonces llegará espontáneamente el segundo paso que es: “el arrepentimiento”.

Jesús dijo: “**y arrepiéntete...**” (**Apocalipsis 2:5**). Arrepentimiento en el griego es la palabra: “*metanoia*”, que significa un cambio de pensamiento. Cuando hacemos memoria del pasado, cuando recordamos los buenos momentos y cuando identificamos nuestros descuidos, sin duda cambiaremos nuestra manera de pensar, y en consecuencia, enfocaremos correctamente nuestra manera de vivir.

Lo tercero que debemos hacer es repetir las primeras obras. Jesús dijo: “*y haz las primeras obras...*”. No puede haber amor sin expresión. El amor se dice, el amor se da, el amor se demuestra; no podemos amar y permanecer fríamente pasivos. Cuando somos impartidos por la gracia, surge el espontáneo impulso de la entrega, sin la superficialidad de las simples exigencias. En el amor no hay hipocresía: todo es genuino, y eso es lo que siempre agrada a Dios.

Jesús no se estaba refiriendo a obras de servicio. De hecho, como vimos anteriormente, Él reconoció en los hermanos de Éfeso tanto sus obras como su arduo trabajo, e incluso les dijo enérgicamente: “*Has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado...*” (*Apocalipsis 2:3*). Ellos trabajaron diligentemente en el servicio y lo hicieron por amor; todo esto fue bueno y bien reconocido por el Señor. Hoy en día, sin embargo, debemos tener mucho cuidado con el simple activismo.

Hay ministerios que demandan compromiso, servicio y honra a los hermanos, pero lo hacen manipulando la entrega, cuestionándolos de tal manera que terminan atrapados en una vorágine de actividades que los consumen. No tienen tiempo de calidad para sus familias ni para sus propios intereses; se agotan, se secan, se frustran, pero continúan siendo presionados para no abandonar. Al final, esto se convierte en algo abusivo y perverso.

Las obras que el Señor nos demanda como primeras, son aquellas vinculadas con la intimidad, con la profunda comunión espiritual, con la adoración verdadera, con los tiempos de calidad, con la búsqueda de Su voluntad en el silencio de una adoración contemplativa, con los amores sin palabras, con el gozo y el deleite en Su presencia. Él no reclama trabajo, sino, primeramente, “amor”.

Un hombre puede ser muy trabajador y esforzarse todo el día para mantener a su familia. Puede procurar darles todo a su esposa y a sus hijos y, aun así, perder los tiempos de calidad con ellos, el amor expresado en palabras y gestos personales. Puede brindarles muchas cosas, pero perder la intimidad con su esposa, el romanticismo y la complicidad. Un día, ese hombre puede encontrar a su familia destrozada por el dolor y preguntarse qué ocurrió, si él se esforzó tanto por darles todo. Lo que pasó fue que se desgastó trabajando para ellos, pero no se derramó en ellos, y terminó perdiéndolos.

Cuando trabajamos mucho para Dios, pero no pasamos tiempo de calidad con Él, corremos el riesgo de enfriarnos. Este error es muy común entre los ministros, porque al estar ocupados haciendo muchas cosas para Dios, podemos llegar a creer que estamos con Dios, cuando en realidad, puede ocurrirnos que dejemos de disfrutar Su presencia. Debemos tener mucho cuidado con esto, porque la versión eterna no funciona sin el impulso legítimo del amor verdadero.

Las primeras obras que Jesús reclamó a los hermanos de Éfeso, no eran más trabajo, sino más intimidad. No eran sacrificios y obligaciones, sino verdaderos deseos de Su presencia. No eran obras hasta el desmayo, sino quietud para meditar. El Señor no pretende que hagamos cosas para Él, sino que le permitamos a Él, hacer cosas a través de nosotros.

Si nos hemos deslizado, si nos hemos enfriado, debemos reflexionar, cambiar nuestras actitudes y volver a las obras del amor sencillo, palpable y verdadero. Eso es todo lo que necesitamos. El Señor no guarda rencor, no nos pasa factura por nuestros errores; solo espera que nos demos cuenta, que corrijamos el rumbo y que sigamos caminando en fe, pero sinceramente enamorados.

***“Si no, vendré a ti y quitaré tu candelero de su lugar, si no te has arrepentido.”***

Apocalipsis 2:5

El candelero alumbría, y tristemente ese candelero divino fue quitado de Éfeso. Hoy en día, hay iglesias en Corinto, en Roma y en otros lugares, pero ninguna en Éfeso, porque indudablemente, los hermanos no se arrepintieron. Aquellos que fueron portadores de la gracia extraordinaria de la revelación terminaron convirtiéndose en ruinas de piedras sin vida, sobre las cuales hoy solo se toman fotos los turistas del mundo.

La versión eterna está compuesta de piedras vivas, no de piedras muertas. Cuando el amor verdadero se apaga, la

vida deja de fluir. Hoy en día, muchas congregaciones solo ostentan propiedades, pero están vacías de unción. Del mismo modo, hay ministros que enseñan teología, pero son como rocas sin agua: sus palabras exhortan, pero no transmiten vida.

*“Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.”*

Apocalipsis 2:6 y 7

Los nicolaítas que Jesús dice aborrecer no son un grupo fácilmente identificable en la historia de la iglesia. La palabra “nicolaíta” en griego se compone de dos vocablos: “*nikao*”, que significa “conquistar” o “estar por encima de otros”, y “*laos*”, que significa “gente común” o “los laicos”. Por tal motivo, los nicolaítas significan “los que conquistan al pueblo” o “los que se imponen sobre la gente común”.

Podemos concluir, entonces, que los nicolaítas aborrecidos por Jesús son aquellos que se enseñorean de los hermanos a quienes deberían servir. Aquí encontramos una distorsión de la esencia del Reino, que sin duda es la versión eterna.

Observemos esto: la palabra “Reino” en griego es la palabra “*Basileía*”, cuyo significado es simplemente “gobierno”. La clave de tal expresión, es comprender que el

Reino de Dios no es el gobierno de los hombres sobre los hombres, sino el gobierno de Dios sobre toda Su creación.

El plan satánico está fundamentado en el gobierno humano, porque la serpiente en el Edén fue condenada a comer polvo, y el hombre fue condenado a ser polvo, y volver al polvo del cual fue creado. Es por esto que el enemigo procura matar, robar y destruir porque se alimenta del humanismo, por eso lo impulsa a manifestarse, expandiéndose en todas las naciones de la tierra. De eso se tratará el gobierno del anticristo.

Los hombres no fuimos creados para gobernar a otros hombres, sino para vivir bajo el gobierno de Dios. Esa es la condición innegociable que permite establecer una plataforma de autoridad para que el poder legal, dé paso a un liderazgo sano, a través del cual podamos ejercer autoridad espiritual y desarrollar la familia, la sociedad y por supuesto, el diseño de la Iglesia.

Cuando nos apartamos, voluntaria o involuntariamente, del gobierno divino, automáticamente perdemos todo derecho legal de ejercer autoridad sobre otras personas. Un esposo no puede ser cabeza de matrimonio, si su cabeza no es Cristo. Un gobernante de un territorio determinado, no puede ejercer dicha autoridad correctamente, si esto no le fuera dado de arriba. (El alcance y la dinámica de esto lo explico en mi libro titulado “Autoridad de Reino”)

Por otra parte, un líder de la Iglesia actual, no debe gobernar a los hermanos, sino los ámbitos asignados. Aun así, no tiene derecho legal para tal cosa, si se ha salido del gobierno divino. Bueno, generalmente nadie cree haberse salido del gobierno de Dios; todos piensan que están haciendo Su voluntad. Pero la realidad, es que cualquier manipulación, intimidación, amenaza, autoritarismo o actitud de superioridad ante los hermanos, es simplemente diabólica y surge de haber perdido la autoridad divina sobre su vida. Jesús nos enseñó:

***“Sabéis que los gobernantes de los gentiles se enseñorean de ellos, y que los grandes ejercen autoridad sobre ellos.***

***No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera entre vosotros llegar a ser grande, será vuestro servidor, y el que quiera entre vosotros ser el primero, será vuestro siervo; así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.”***

Mateo 20:25-28

Los nicolaítas son los que dicen estar bajo el gobierno de Dios, pero se creen superiores a sus hermanos. Por eso demandan obediencia extrema, sujeción absoluta y honra permanente. La verdad es que el Señor aborrece tal comportamiento, y no porque lo diga yo, sino porque Él mismo lo expresó claramente en Su mensaje a los hermanos de Éfeso.

No importa cuánta trayectoria, logros o reconocimiento tenga un líder, nada de eso le otorga superioridad sobre sus hermanos. La autoridad por causa de una asignación es una realidad, pero la autoridad espiritual jamás se manifiesta a través de la dominación, sino desde una genuina expresión de servicio.

Nuestro ejemplo es Jesús; no hay mucho que discutir al respecto. Él nunca ejerció autoridad de manera autoritaria sobre sus discípulos. Al contrario, los sirvió enseñándolos, guiándolos correctamente, ministrándolos, alimentándolos, lavando sus pies, y finalmente, muriendo por ellos. No veo en qué momento eso cambió hasta llegar al punto en que algunos hombres piensan que son superiores a sus hermanos.

Hoy en día, hay líderes que se comportan como estrellas de Hollywood, ostentando superioridad material y utilizando a los hermanos para que los atiendan como si fueran reyes. Hay quienes les llevan el maletín, les abren las puertas, les preparan la comida que desean, les sirven como choferes, como niñeras de sus hijos y hasta como guardaespaldas. Es una realidad muy triste, pero mucho más común de lo que se cree.

En algunas ocasiones, visité una congregación cuyo pastor durante las reuniones me llevaba a su oficina. Ahí aparecían unas hermanas que me ofrecían café y charlábamos ante la mirada de un par de hermanos bien elegantes, que parados firmemente y cruzados de brazo, se ubicaban a cada uno de los lados del pastor. La música de la reunión

comenzaba a sonar, y yo le pedía ir a cantar con los hermanos, pero él me decía que no salía a escena hasta el momento de ministrar la Palabra.

Llegado ese momento, se paró y extendió sus brazos; entonces, automáticamente los hermanos que estaban detrás de él, le pusieron la chaqueta tal como si fuera un rey, mientras que otros hermanos tomaban su Biblia y una toallita para secar su sudor, cuando él ni siguiera tenía que predicar. Ver esto de afuera es muy impactante, y ciertamente sirve para saber lo que no desearía hacer jamás.

Líderes como estos, siempre hablan mucho sobre paternidad, honra y sujeción incondicional. Lo peligroso de esto es que dichas enseñanzas contienen una parte de verdad, pero no hay nada más peligroso que las medias verdades, porque si esos principios no se ponen por obra de manera adecuada, pueden terminar siendo perversos.

Dios es el único Padre, y ciertamente puede ejercer ese rol a través de nosotros, así como Él es el único apóstol, el único profeta, evangelista, pastor o maestro. Pero Él ejerce esos roles mediante la impartición de Su Espíritu Santo, quien nos llama y nos capacita con dones, talentos, capacidades y virtudes. No somos nosotros haciendo algo para Él, sino Él haciendo algo a través de nosotros.

Estos roles de servicio, bien ejercidos, pueden ser de gran bendición para nuestros hermanos, lo que naturalmente genera gratitud, admiración y honra. Pero esa honra no debe

ser exigida ni asumida como un derecho absoluto. La obediencia de los hermanos es el resultado lógico del amor que sienten por el Señor, y del respeto que nos brindan al reconocernos como Sus siervos, pero jamás debe usarse para beneficio personal.

Entiendo que estos conceptos pueden incomodar a muchos, pero insisto: creo en la paternidad espiritual, pero no en aquellos que disfrutan ser llamados “papá” y llevan esa paternidad al extremo de exigir obediencia absoluta. Los ministros no podemos arrogarnos el derecho de decidir por nuestros hermanos si pueden irse de vacaciones, comprar o vender algo, o tomar ciertas decisiones familiares. Eso es un verdadero disparate.

Una cosa es que algunos hermanos nos pidan consejo para una decisión personal, y otra muy distinta es exigirles que informen y consulten todo. Nosotros estamos para servir a nuestros hermanos, no para ser servidos, y en esto, hoy en día, muchos están fallando.

Hablo con autoridad porque lo he visto muchas veces, incluso en algunas invitaciones que recibo, donde al llegar me encuentro con un protocolo de atención que me resulta perturbador. Entiendo la intención de excelencia y la sincera honra hacia quienes servimos, pero debemos tener cuidado. De la manifestación del amor a la imposición de la servidumbre hay una breve distancia.

Algunos enseñan que buscar primeramente el Reino de Dios y su justicia (**Mateo 6:33**), significa darlo todo por el Señor, y eso está bien. El problema es que, para muchos, “darlo todo” se traduce únicamente en servicio dentro de la congregación y en sus estructuras de trabajo. Al final, los líderes que enseñan esto de manera exagerada, suelen gozar de una buena posición económica y dirigen la obra desde sus oficinas, mientras cientos de hermanos trabajan incansablemente como abejas en una colmena, sin recibir más que la promesa del favor divino.

Como maestro, creo y enseño sobre el sacerdocio que todos tenemos en Cristo (**Apocalipsis 1:6**), pero también creo en la necesidad de operar a través de los dones ministeriales y desde un liderazgo espiritual que instruya, capacite y mantenga un sano orden de crecimiento. El sacerdocio personal, no debe anular la función de los ministros y líderes asignados por Dios, pero esto de ninguna manera debe convertirse en una excusa para el control, el abuso o el dominio sobre los hermanos.

Algunos apóstoles han fundado varias congregaciones y han tomado muchas otras bajo su cobertura. Sin embargo, terminan exigiendo el uso de su nombre, el control de los bienes, las finanzas y los sistemas de trabajo. Se enseñorean de los pastores asignados a esos anexos, y les dictan cómo deben gestionar sus liderazgos. Hablan del “ADN espiritual de la casa”, pero, en realidad, detrás de todo eso hay una simple intención de control.

Es cierto que en la Iglesia no debe existir una clase mediadora entre Dios y los creyentes, pues todos somos sacerdotes. Pero también es verdad que debe haber un liderazgo de servicio sano, con ministros ordenados que trabajen en el perfeccionamiento de los santos para la obra del ministerio, edificando así el cuerpo de Cristo (**Efesios 4:11 y 12**). La Iglesia debe manifestarse en todos los ámbitos de la sociedad y, al mismo tiempo, es fundamental congregarnos. Para ello, podemos establecer estructuras que faciliten la reunión y comunión de los hermanos, pero nunca como el único centro de devoción y servicio.

Las autoridades asignadas por Dios, tienen el derecho de establecer cierto orden para el sano desarrollo de la obra, y deben servir humildemente a los hermanos, pero ¡ojo!, lo que no es correcto es que los hermanos demanden ser atendidos sin reconocer ninguna autoridad espiritual sobre sus vidas, rechazando todo consejo, negándose al compromiso, al servicio, a la ayuda o la contribución financiera.

Tanto líderes como hermanos debemos recuperar el equilibrio y procurar vivir y trabajar bajo la versión eterna del Reino, y no bajo modelos surgidos en denominaciones, ministerios, congregaciones o liderazgos autoritarios. Debemos estar atentos, porque hoy, al igual que en el primer siglo, hay nicolaítas en la Iglesia. Y es claro que el Señor los aborrece.

*“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”*

Apocalipsis 2:7



# Capítulo seis

## **VERSIONES CUIDADAS**

*“Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el último, el que estuvo muerto y ha vuelto a la vida, dice esto: Yo conozco tu tribulación y tu pobreza, pero tú eres rico, y la blasfemia de los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que son sinagoga de Satanás...”*

Apocalipsis 2:8 y 9

Antes de analizar la tribulación, la pobreza y el sufrimiento que la Iglesia de Esmirna supo enfrentar, quisiera abordar un problema que persiste hasta el día de hoy: la blasfemia de aquellos que se dicen ser judíos y no lo son, a quienes Jesús llama “sinagoga de Satanás”. Esta expresión no solo fue dirigida a la Iglesia de Esmirna, sino también a la Iglesia de Filadelfia (**Apocalipsis 3:9**). Pero: ¿Qué quiso decir el Señor con esto y cómo podemos aplicarlo a la Iglesia actual?

La mayor parte de la persecución que enfrentó la Iglesia del Nuevo Pacto, provino de la comunidad religiosa

judía, y de creyentes convertidos al judaísmo que procuraban demostrar una devoción extrema. Incluso, gran parte de la persecución romana fue el resultado de intentos por apaciguar a las autoridades judías.

Este patrón se observa en la condena de Jesús por parte de Pilato (**Juan 19:1 al 16**), y en el encarcelamiento de Pablo por los gobernadores romanos Félix (**Hechos 24:27**), y Festo (**Hechos 25:16**). A lo largo del primer siglo, esta hostilidad político-religiosa fue un problema recurrente.

Mientras los cristianos eran considerados una secta del judaísmo, estaban exentos de ciertas prácticas obligatorias de la religión estatal romana. Sin embargo, cuando comenzaron a ser expulsados de las sinagogas y denunciados por los líderes judíos, Roma tuvo que reconocerlos como una nueva religión, sin las mismas exenciones. Así, al quedar fuera del paraguas protector de la sinagoga, los cristianos quedaron expuestos a la persecución romana.

Jesús dijo que estas personas blasfemaban y afirmaban ser judíos sin serlo realmente. Quienes rechazaron al Mesías judío, fueron conceptualmente degradados de su identidad, y por eso Jesús los llamó mentirosos. Esta distinción entre los judíos étnicos y los judíos fieles también se menciona en **Romanos 2:28 y 29 y 9:6**.

Ahora bien, no pretendo aplicar este concepto a la actualidad señalando al sionismo o a los judíos de hoy como un problema para la Iglesia. Ese no es el enfoque de este

análisis. Lo que la Iglesia debe cuidar es mantener un equilibrio saludable respecto a los límites y el amor por Israel.

En esta época de transición que vive la Iglesia, enfrentamos la confusión propia de los cambios. Como era de esperarse, muchas de las mismas dificultades que surgieron en la Iglesia primitiva vuelven a aparecer. A pesar de que estos temas deberían estar ya resueltos, siguen filtrándose y causando problemas, como ocurrió con los creyentes de Galacia (**Gálatas 3:1 al 5**).

Es natural que, al amar las Escrituras y el extraordinario plan de Dios que dio nacimiento a la Iglesia, también amemos a Israel en toda su dimensión: como pueblo de Dios, como nación privilegiada, como canal del linaje mesiánico, como el olivo original, como la nación creada por Dios y para Dios.

Admiramos su historia, sus batallas, sus victorias milagrosas, así como sus debilidades y fracasos, que tanto nos enseñan. ¿Cómo no amar a Israel? ¿Cómo no amar al pueblo judío? Nuestro Salvador nació judío según la carne. ¿Cómo no honrar a la nación que surgió por un milagro con Abraham, que tuvo un libertador como Moisés, un rey como David y un profeta como Elías? ¿Cómo no sentir gratitud por una nación así?

Sin embargo, esa admiración, ese amor y esa honra nos han llevado, en muchas ocasiones, a adoptar aspectos del

judaísmo que no deberíamos rescatar. Volvemos a incorporar palabras, nombres, fiestas, danzas, símbolos, instrumentos y formas de culto que nada tienen que ver con la sustancia del Nuevo Pacto en el Espíritu, el cual tenemos el privilegio de vivir hoy en día.

Es evidente, a través del libro de Hechos y los escritos de Pablo, que desde los primeros años de la Iglesia ha existido la tendencia a incluir en la fe cristiana, conceptos distintivos del judaísmo. Los escritos apostólicos muestran claramente el intenso debate que surgió con la llegada del Espíritu Santo a los gentiles, y la forma en que estos debían incorporarse a la Iglesia naciente.

Estos debates llevaron a Pablo a una ardua lucha para evitar que los gentiles fueran sometidos a costumbres y prácticas religiosas propias del judaísmo, pero ajena a la esencia de la fe cristiana en crecimiento. Pablo entendía que todas las normas y hábitos litúrgicos de la ley judía, eran solo una sombra de Cristo y que, con la llegada del Nuevo Pacto, habían quedado atrás.

La lucha frontal del apóstol contra toda actitud religiosa judaizante debería dejarnos en claro cómo debemos reaccionar ante estas cuestiones hoy en día. Sin embargo, cada vez que procuramos avanzar a nuevas dimensiones en Cristo, el enemigo busca infiltrar el Nuevo Pacto con prácticas que nada tienen que ver con su esencia.

*“Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo”*

Gálatas 1:6 y 7

Debido a mi ministerio itinerante, tengo la oportunidad de visitar y conocer decenas de congregaciones cada año, y en muchos casos debo reconocer con pesar, que he visto una gran cantidad de prácticas infiltradas, que poco o nada tienen que ver con la vida del Espíritu, la fe y el Pacto que profesamos.

El gran problema con estas prácticas es que muchos cristianos carecen de los argumentos teológicos necesarios para refutarlas de manera coherente. Si sus líderes no las filtran correctamente, la congregación simplemente asumirá que están bien.

Esto es consecuencia de la falta de una teología clara, el relativismo religioso, el misticismo desmedido, la música carente de profundidad teológica, y la presencia de predicadores y maestros sin un fundamento sólido en el Espíritu. Muchos de ellos, a través de medios masivos, reciben enseñanzas o prácticas, que parecen piadosas o al menos inofensivas, pero que en realidad desvían la verdadera esencia del evangelio.

Lo más lamentable es que muchas de estas prácticas han estado presentes por años y no hemos hecho nada al respecto. Por el contrario, se han afianzado en nuestras reuniones, al punto de que algunos creen que son claves para la manifestación del Señor.

Con el tiempo, se introdujeron los estandartes y banderas para “afectar los aires”, llegaron las danzas hebreas con su colorido, sus mantos y ritmos especiales, acompañadas de vestimentas supuestamente típicas y panderos “al estilo de Miriam”. Aparecieron también ciertos instrumentos musicales “divinamente ungidos” y los símbolos judíos, como la estrella de David, el candelabro o menorá, el arca del pacto, el talít y hasta el aceite de oliva macerado con especias especiales, envasado en cuernos diseñados para “ungir poderosamente a los santos”.

Sin embargo, en **Gálatas 3:27 al 29**, Pablo es claro que: **“Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.”** Para Pablo, ya no existían dos pueblos, sino una sola nación santa: “la Iglesia”. Su doctrina estaba basada en la revelación de Cristo, y no podía haber otro criterio de adoración. Si Cristo es el fundamento, todo lo demás es cosa del pasado.

La lucha de Pablo por erradicar la influencia del judaísmo en la cristiandad es evidente en casi todos sus escritos. Incluso se atrevió a reprender al apóstol Pedro por conductas similares. La iglesia cristiana no tenía por qué

mantener o practicar las costumbres del judaísmo para alcanzar la salvación, porque solo la fe en Jesucristo era suficiente para los apóstoles y sigue siéndolo para toda la cristiandad hasta hoy.

Aclaro que no tengo problema con las danzas en la Iglesia, algunas danzarinas se expresan con gran pasión y es conmovedor ver dichas expresiones de adoración. Yo solo estoy haciendo hincapié en el aspecto judaizante que algunos utilizan.

***“Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?”***

Gálatas 2:14

Muchas iglesias de corte protestante carismático, han adoptado estas prácticas sin la más mínima investigación. Más que ser influenciadas directamente por el judaísmo, han sido víctimas de una estimación judeo-histórica-cultural que las ha llevado a asumir como propias costumbres religiosas y culturales que no tienen ninguna relación con la cristiandad.

Los símbolos mencionados anteriormente no son símbolos cristianos. Si bien algunos fueron importantes para Israel en su tiempo, no tienen relevancia para la Iglesia hoy. Es importante aclarar que estos símbolos judíos no añaden más espiritualidad a una iglesia o al servicio de culto. Es un error pensar que podemos generar un ambiente más espiritual

simplemente agregando elementos judíos. Lo que verdaderamente da vida a la Iglesia es la dirección y manifestación del Espíritu Santo, una exposición clara de las Sagradas Escrituras, una fe pura y absoluta en Jesucristo, y una verdadera adoración espiritual.

El peligro de estas prácticas radica en que la introducción progresiva de música, danzas, símbolos o instrumentos judíos puede llevar a los cristianos a caer en un legalismo basado en la cultura judía. Al atribuir santidad a estos elementos, se abre la puerta a interpretaciones erróneas, celebraciones y tradiciones que los acompañan, lo que constituye el verdadero riesgo de estas influencias.

Quienes defienden estas prácticas suelen recurrir a citas del Antiguo Pacto, y a interpretaciones desconocidas del hebreo con el propósito de justificar supuestos misterios ocultos que, según ellos, pueden generar atmósferas espirituales propicias para una manifestación extraordinaria de la presencia del Señor.

Sin embargo, debemos entender que aunque estas cosas puedan aportar datos interesantes, colorido o ritmo a nuestras reuniones, no tienen ningún valor real para la vida espiritual ni para el propósito de Dios en la Iglesia.

Podría parecer que con estas palabras estoy minimizando la importancia del Antiguo Pacto, o descalificando su contenido, pero no es así. Creo firmemente que toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar,

redargüir y corregir nuestras vidas (**2 Timoteo 3:16**). Sin embargo, debemos recordar que la totalidad de las Escrituras dan testimonio de Cristo como el centro absoluto de todo. Si perdemos esta perspectiva, corremos el riesgo de desviarnos de la verdad.

El error fundamental de estas prácticas, es tomar elementos del Antiguo Pacto de manera aislada, y convertirlos en doctrina dentro de la iglesia del Nuevo Pacto, algo que es completamente incompatible. La manera correcta de aplicar e interpretar el Antiguo Testamento, es filtrarlo a la luz del Nuevo Pacto en Cristo. No podemos construir doctrina basándonos en textos fuera de su contexto, ya que esto solo nos llevará a herejías y deformaciones de la fe. Si no podemos pasar un pasaje del Antiguo Pacto por la cruz de Cristo, es mejor dejarlo ahí.

**“Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el último, el que estuvo muerto y ha vuelto a la vida, dice esto: Yo conozco tu tribulación y tu pobreza, pero tú eres rico...”** (V.8)

**“No temas lo que estás por sufrir. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”.**

Apocalipsis 2:10 y 11

La palabra Esmirna proviene del término mirra, cuyo significado es “sufrimiento”. Representa a la iglesia que padecía una intensa persecución, así como las Iglesias que la

siguen padeciendo. Tal vez por esto, el Señor enfatizó su resurrección, ya que esa era la esperanza fundamental de los cristianos del primer siglo. En aquel tiempo, ser cristiano implicaba el riesgo de la tortura y la muerte.

Los primeros cristianos fueron perseguidos tanto por los judíos, quienes los veían como una secta peligrosa, como por las autoridades romanas, que buscaban controlar los centros primitivos del cristianismo en su Imperio. Sin embargo, lo más curioso es que, a lo largo de la historia, los cristianos también han sido perseguidos por otros cristianos que se atribuían la misión de defender la sana doctrina.

En el año 312, con el Edicto de Milán, el cristianismo fue legalizado, lo que trajo un cambio radical. No obstante, a partir del año 380, los cristianos comenzaron a perseguirse entre sí con renovado fervor. Los cismas de la antigüedad tardía y la Edad Media, las controversias cristológicas, y la posterior Reforma Protestante de 1517, dieron lugar a conflictos, violencia y muerte.

La historia nos enseña que, cuando la Iglesia se aleja del verdadero evangelio y comienza a depender de tradiciones humanas, símbolos o estructuras externas, inevitablemente pierde su esencia y cae en divisiones y errores doctrinales. Nuestra única base debe ser Cristo, su Evangelio y la vida en el Espíritu.

Durante estos conflictos, los miembros de las distintas confesiones cristianas se persiguieron mutuamente,

protagonizando episodios de violencia sectaria. A partir del siglo XX, numerosas comunidades cristianas han sufrido persecuciones extremas, llegando incluso al genocidio. Estados como el Imperio Otomano y su sucesor, Turquía, así como los armenios, asirios y griegos, fueron protagonistas de trágicos eventos. Asimismo, los regímenes ateos del antiguo Bloque del Este ejecutaron políticas de exterminio contra los creyentes.

El cristianismo siempre ha estado marcado por la violencia. La padeció en sus inicios, la sufrió a lo largo de la historia, y la enfrentará de manera aún más atroz antes de la venida del Señor. Sin embargo, en los últimos años, debido a una cultura negadora y falsa, la mentalidad de muchos cristianos se ha enfocado en la búsqueda del bienestar y la felicidad, dejando de lado el sufrimiento como parte del camino de la fe.

De hecho, la gran bandera de la evangelización actual se basa en ofrecer soluciones a todo tipo de problemas: sanidad, restauración matrimonial y familiar, estabilidad financiera, sanidad emocional, éxito laboral, entre otros. Todo parece válido con tal de atraer a los oyentes con la promesa de que “con Jesús les irá mejor”. No obstante, este enfoque solo presenta una media verdad, que distorsiona la esencia del Reino de Dios.

El evangelio del Reino debe forjar en los creyentes una mentalidad firme, capaz de afrontar cualquier hostilidad, con la certeza de que somos más que vencedores. Quienes

comunicamos el evangelio debemos hablar con claridad sobre las persecuciones que vendrán, y recordar cómo, a lo largo de la historia, miles de hermanos han enfrentado torturas y muerte por su fe.

Tal vez por esto, Jesús enfatizó su muerte y resurrección como fuente de esperanza. Él quería enseñarles que la Iglesia no es una institución pasajera, sino un diseño eterno, una entidad espiritual, capaz de prevalecer sobre la muerte. La esencia de la Iglesia es la resurrección; si carece del poder para sobreponerse al sufrimiento, se volverá irrelevante frente a los tiempos finales.

Jesús también dijo: “*Yo conozco tu tribulación y tu pobreza, pero tú eres rico*” (Apocalipsis 2:9), y luego añadió: “*No temas lo que estás por sufrir*” (Apocalipsis 2:10). Estas palabras, lejos de ser un mensaje motivador, contenían una advertencia seria. Sin duda, lo que realmente preocupaba a los cristianos de Esmirna era lo que estaba por venir: “*He aquí, el diablo va a echar a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados*”.

Nosotros debemos tomar nota de esta advertencia, porque el sistema del mundo seguirá aumentando su presión sobre la humanidad. Los planes de un Nuevo Orden Mundial requieren ciertas condiciones que, aunque aún no están completamente dadas, avanzan aceleradamente. Las tinieblas no actúan con improvisación.

Las imposiciones de ciertas líneas ideológicas y de convivencia, promovidas a través de una agenda globalista, pueden parecer un proceso simple, pero no lo es. A pesar de sus engaños, estas estrategias ya están funcionando en diversas naciones. Sin embargo, la élite que impulsa estos planes enfrenta resistencia por parte de países con culturas arraigadas, patriotismo extremo, fortaleza económica, poderío militar, y profundas convicciones religiosas.

No obstante, consideran que una combinación de crisis bélicas, sanitarias, económicas y climáticas, junto con el avance de la tecnología, generará una presión global lo suficientemente intensa para forzar a estas naciones a alinearse con su agenda.

Debemos tener muy presentes las palabras de Jesús a la Iglesia de Esmirna. En medio del avance de este gobierno globalista, la Iglesia será fuertemente sacudida. Lo que a simple vista podría parecer una tragedia, en realidad servirá para purificar y fortalecer a los verdaderos creyentes en preparación para los días cruciales que vendrán.

El apóstol Pedro, conociendo los procesos proféticos que se avecinaban, escribió:

***“Porque la fe de ustedes es como el oro: su calidad debe ser probada por medio del fuego. La fe que resiste la prueba vale mucho más que el oro, el cual se puede destruir. De manera que la fe de ustedes, al ser así***

*probada, merecerá aprobación, gloria y honor cuando Jesucristo aparezca".*

1 Pedro 1:7 DHH

La Iglesia de los últimos tiempos será muy similar a la Iglesia de los primeros siglos, y es entonces, cuando el Apocalipsis se abrirá ante nosotros, como un libro lleno de referencias, y un baúl cargado de riquezas estratégicas que el Señor nunca antes ha revelado. Estas riquezas serán mostradas solo a aquellos que estén en sintonía con el Espíritu. La teología dejará de ser rígida y sus efectos adormecedores desaparecerán. Será la unción la que traerá la verdadera enseñanza, y en medio de tanta oscuridad, esto generará el último y gran despertar de la Iglesia a nivel global.

*"Pero ustedes tienen el Espíritu Santo con el que Jesucristo los ha consagrado, y no necesitan que nadie les enseñe, porque el Espíritu que él les ha dado los instruye acerca de todas las cosas, y sus enseñanzas son verdad y no mentira. Permanezcan unidos a Cristo, conforme a lo que el Espíritu les ha enseñado."*

1 Juan 2:27 DHH

La Iglesia complaciente, que busca invitar a las personas para solucionar problemas, será reemplazada por congregaciones de gente apasionada y entregada por completo. En su lugar quedará una Iglesia viva, llena de la verdadera unción. Ser parte de ella no solo no resolverá todos los problemas, sino que también implicará enfrentar

dificultades. Sin embargo, su crecimiento será genuino, pues solo aquellos alcanzados por la gracia se unirán a ella. Como dice **Hechos 2:47**: “*Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.*”

No es que hoy en día no haya hermanos apasionados, la entrega incondicional siempre estará presente en muchos cristianos. Sin embargo, lo que señalo ocurrirá a escala mundial. Hoy en día, hay muchos hermanos que rehúyen de los compromisos reales. Algunos necesitan ser constantemente motivados para no dejar de congregarse. Otros están presentes, pero carecen de la sumisión a un liderazgo verdadero, pues aunque afirman conocer el diseño del Nuevo Pacto, no se someten a las necesidades del cuerpo.

Es necesario trabajar arduamente para lograr una Iglesia llena del Espíritu, una Iglesia sujeta al gobierno de Cristo, capaz de regresar al criterio que Jesús utilizaba, quien es nuestro ejemplo y Maestro en todo. Cuando Pablo escribió que debemos ser de una misma mente y parecer (**1 Corintios 1:10**), no se refería a imponer su manera de pensar, como hacen algunos líderes hoy, sino que nos invitaba a pensar con la mente de Cristo (**1 Corintios 2:16**).

Si persistimos en defender de manera rígida nuestros razonamientos teológicos, sin abrirmos al debate y al intercambio, si seguimos celando a las personas como si fueran propiedad nuestra, creyendo tener derecho sobre las familias, si consideramos los resultados ministeriales como fruto solo del mérito humano, estamos equivocándonos.

Necesitamos inclinarnos ante el Señor, tal como los ancianos ante Su trono, “*arrojando sus coronas*” (**Apocalipsis 4:10**).

Nosotros somos el cuerpo de Cristo (**1 Corintios 12:27**), lo cual significa que somos la expresión de Su vida, no la contribución personalizada a Su vida. Nuestro cuerpo no actúa según decisiones propias, sino que expresa las intenciones del gobierno mental que lo dirige. Sería muy difícil vivir con un cuerpo cuyos miembros se movieran de manera independiente, solo porque cada uno reacciona según su propio criterio, en lugar de responder a una dirección unificada.

Imaginemos por un momento qué sucedería, si los miembros de nuestro cuerpo pudieran pensar y moverse de manera libre e independiente. Sinceramente, seríamos como zombis, con movimientos extraños e incontrolables. ¿Realmente creemos que la Iglesia puede ser profundamente efectiva sin someternos completamente al gobierno del Señor?

Jesús nos enseñó que Él es la Vid verdadera y nosotros sus pámpanos, y dijo que sin Él nada podemos hacer (**Juan 15:5**). Mientras no renunciemos en nuestro corazón a todo lo que hacemos y poseemos, no podremos entrar en las dimensiones que Él tiene para nosotros. Tomar la cruz, implica morir a todo lo que creemos que nos pertenece, empezando con nuestra propia vida y extendiéndose a la vida de la Iglesia.

Es Él, y no nosotros. La vida del Reino no solo se trata de estar bajo el gobierno del Señor y Su Palabra, sino también de permitir que Él haga todo lo que desee a través de nuestras vidas. Reitero este principio de la versión eterna: “*No es lo que nosotros hacemos para Él, sino lo que Él puede hacer a través de nosotros*”.

Cuando actuamos por nuestra propia cuenta, nos cansamos, fallamos y nos frustramos, porque los resultados no siempre llegan con facilidad. Incluso cuando los logramos, el esfuerzo invertido nos lleva a sentir que esos logros nos pertenecen. Esto ha causado que muchos ministros no disfruten de su servicio al Señor.

Es triste ver la cantidad de ministros enfermos y estresados. Eso no tiene lógica. Si servimos a Dios, no solo deberíamos disfrutar de tal privilegio, sino también estar en mejor estado que aquellos empleados de empresas terrenales, gobernadas por simples hombres. Algo estamos haciendo mal. No podemos llegar al final del camino con ese nivel de agotamiento espiritual. Si el pueblo del Señor, o las tareas ministeriales nos agotan, ¿cómo enfrentaremos al sistema del anticristo?

Vivir en Cristo, movernos en Él y expresar Su ser (**Hechos 17:28**), debería llenarnos de fortaleza y verdadera sabiduría. El fluir de Su Espíritu nos permitirá interactuar con las personas con un claro discernimiento espiritual. Nos permitirá caminar con identidad, sabiendo muy bien la

autoridad y el poder que operan en nosotros. Y eso, seguramente nos permitirá vivir conforme a la versión eterna.

***“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El vencedor no sufrirá daño de la muerte segunda”.***

Apocalipsis 2:11



## Capítulo siete

# VERSIONES RESPETADAS

*“Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto: Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación”.*

Apocalipsis 2:12 al 14

En el mensaje de Jesús a la Iglesia de Pérgamo, vemos que Él se presenta sosteniendo una espada aguda de dos filos, como disponiéndose a traer juicio, porque indudablemente esta iglesia estaba establecida en un lugar muy difícil y conocía la hostilidad espiritual y la persecución de Satanás, incluso el martirio de hombres como Antipas, quien es mencionado por el Señor como su testigo fiel.

La Biblia no ofrece detalles, pero la tradición teológica enseña que Antipas, era un médico que se dedicaba a propagar secretamente el evangelio del Reino. Los miembros del gremio médico, denominados “esculapios”, lo acusaron de deslealtad al César, y por tal motivo fue interrogado y condenado a muerte, ya que Antipas no negó su fe en ningún momento.

La tradición también enseña que fue colocado dentro de un toro de cobre, que luego fue calentado sobre el fuego hasta quedar al rojo vivo. Este método es semejante al llamado toro de Fálaris, inventado unos siglos después, por lo que algunos dudan de que haya sido utilizado con Antipas, pero lo que no cabe duda es que fue martirizado.

A pesar de que la Iglesia de Pérgamo supo resistir los embates de Satanás en un territorio hostil, los hermanos no estaban haciendo todo bien. De hecho, vemos que Jesús mencionó que no tenía muchas cosas contra ellos, pero que no aceptaba el pecado de retener entre ellos a quienes promovían la doctrina de Balaam, y también la ya mencionada doctrina de los Nicolaítas.

La Biblia no menciona a Balaam como un falso profeta, pero claramente fue un profeta desviado de su propósito por causa de sus ambiciones personales. El relato de su historia está en los capítulos **22** al **24** del libro de **Números**, donde vemos que el rey de Moab, llamado Balac, temía la llegada de los israelitas, quienes pasarían por su

territorio, por lo que intentó contratar a Balaam para que los maldijera a cambio de una valiosa recompensa.

El profeta fue tentado por tal ofrecimiento, pero dijo que primero debía pedir permiso al Señor. Por supuesto, Dios no estaba de acuerdo y le dijo a Balaam: “***No vayas con ellos, ni maldigas al pueblo, porque bendito es***” (**Números 22:12**). El rey Balac no se dio por vencido y envió a príncipes, más honorables que los anteriores, prometiendo una recompensa más generosa. Ante la insistencia de Balac, Dios le dijo a Balaam que fuera, pero claramente esa no era Su voluntad ya expresada.

A la mañana siguiente, Balaam ensilló su asna y partió hacia Moab (**Números 22:21**). En ese trayecto ocurrió la famosa situación con el asna que se negaba a avanzar y terminó hablando con el profeta. El asna pudo ver a un ángel enviado por Dios para impedir su paso, pero Balaam, siendo profeta, no veía nada, por lo que se enojó y golpeó al animal.

Cuando Balaam escuchó hablar al animal, se percató de lo que estaba ocurriendo, y el Señor abrió sus ojos para que viera al ángel de pie en el camino, con una espada en su mano (**Números 22:31**). El ángel le habló al profeta diciéndole que ciertamente lo habría matado si el asna no hubiera salvado su vida, lo cual es muy irónico, porque un simple animal mostró más visión, entendimiento y obediencia que el ungido profeta.

El ministerio profético del Nuevo Pacto se desarrolla bajo una dinámica absolutamente diferente al del Antiguo Testamento. En esa época, el Espíritu descendía y tomaba a los profetas, poniendo palabras en sus bocas, por lo que el Señor demandaba infalibilidad, porque si un profeta decía algo que Él no deseaba, simplemente era un falso profeta.

En el Nuevo Pacto, los profetas no son tomados por el Espíritu, sino que el Espíritu Santo los habita y los dirige, pero no somete la vida del profeta de manera absoluta, sino que espera su humilde sumisión. De hecho, el espíritu de un profeta está sujeto a él (**1 Corintios 14:32**), por lo que suele haber errores involuntarios.

En Moab, el rey Balac llevó al profeta Balaam a un lugar alto llamado Bamot Baal y le pidió que maldijera a los israelitas (**Números 22:41**). Balaam primero ofreció catorce sacrificios en siete altares para que la presencia del Señor descendiera sobre él (**Números 23:1 al 5**). Luego proclamó el mensaje que Dios le dio, pero este fue solo una bendición para Israel.

El rey Balac estaba molesto porque Balaam había pronunciado una bendición sobre Israel en lugar de una maldición, pero lo hizo intentarlo nuevamente, esta vez desde la cima de Pisga (**Números 23:14**). En ese momento, Balaam sacrificó otros catorce animales y se encontró con la presencia del Señor, pero cuando enfrentó a Israel, no pudo más que bendecirlos nuevamente.

El rey Balac le dijo a Balaam que, si iba a seguir bendiciendo a Israel, lo mejor sería que se callara (**Números 23:25**). Aun así, el rey decidió intentarlo una vez más, llevando a Balaam a la cima de Peor, con vista al desierto. Sin embargo, nuevamente Balaam no pudo más que bendecir a Israel. Esto enfureció al rey de Moab, quien le dijo al profeta que regresara a su casa sin recompensa, pero antes de irse, Balaam le recordó al rey que, desde el principio, había sido claro en el hecho, de que solo podía decir lo que Dios le ordenara.

Tiempo después, Balaam ideó una manera de obtener su recompensa de parte del rey Balac, aconsejándole sobre cómo atraer maldición al pueblo de Israel por medio de las mujeres moabitas, quienes debían seducir a los israelitas y llevarlos a la idolatría. Balac siguió el consejo de Balaam, e Israel comenzó a pecar adorando a Baal Peor y fornicando con mujeres madianitas. Por ello, Dios los castigó y murieron 24.000 hombres (**Números 25:1 al 9; Deuteronomio 23:3 al 6**).

El nombre y la historia de Balaam trascendieron, siendo mencionados por el apóstol Pedro, quien lo utilizó como referencia para señalar a los falsos maestros, recordando que Balaam fue un hombre que amó el premio de la maldad (**2 Pedro 2:15**). Por su parte, Judas repite esta afirmación y asocia a Balaam con la venta del alma por dinero (**Judas 1:11**). Finalmente, como hemos visto, Jesús utilizó su ejemplo para advertir a la Iglesia de Pérgamo sobre su pecado.

Las tácticas de Satanás no han cambiado mucho. Él hará lo posible para tentar a los ministros de Dios a traicionar sus funciones por ambición de bienes materiales. Al final, intentará engañar al pueblo de Dios a través de la inmoralidad y la idolatría.

Es muy triste ver que algunos ministros negocien su integridad y sus funciones a cambio de dinero. He visto a profetas congraciarse con la gente a cambio de entregar palabras halagadoras. He observado el trato diferenciado con empresarios y personas de poder político. He visto a ministros enfocarse tanto en el dinero que dejaron de ejercer sus funciones con honestidad, y se inclinaron a la manipulación y las mentiras con tal de obtener ganancias financieras.

El Señor fue claro con los hermanos de Pérgamo y creo que también lo es con nosotros respecto a lo que piensa del pecado en Su Iglesia: ***“Por tanto, arrepiéntete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”*** (Apocalipsis 2:16).

La versión eterna debe ser respetada porque el Señor no puede ser burlado. Que estemos viviendo en la gracia no implica que el juicio de Dios no llegará. Que el Señor no demuestre Su enojo enviando un rayo o abriendo la tierra para que trague a algunos, no implica que no vea lo que está ocurriendo en todo lugar con Su Iglesia. No solo eso, Él

conoce aún lo profundo de nuestros corazones y sabe de toda intención y de todo pecado.

*“Y escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, el que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido, dice esto: Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y que tus obras posteriores son más que las primeras. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos”.*

Apocalipsis 2:18 al 20

Lo primero que el Señor les menciona a los hermanos de Tiatira es que tiene ojos como llama de fuego, como diciendo que nada se puede escapar de Su mirada. Él fuego alumbría, pero también purifica, y es claro que Sus palabras implican no solo visión, sino también justicia.

Una vez más, el Señor reconoce las obras, el amor, la fe, el servicio y la paciencia de los hermanos de Tiatira, pero los exhorta duramente respecto a la tolerancia que le tienen a una mujer llamada Jezabel. Algunos teólogos la mencionan como una mujer que nada tiene que ver con la malvada esposa del rey Acab, pero considerando que el mensaje de Jesús es profético para la Iglesia en general, creo que, al igual que los demás personajes mencionados, revela ciertas características ligadas espiritualmente a estas figuras bíblicas.

La historia de Jezabel se encuentra en los libros de los Reyes. Era hija de Etbaal, rey de Tiro/Sidón y sacerdote del culto a Baal, un falso dios cruel, sensual y repugnante cuyo culto implicaba la degradación sexual y la lujuria.

Acab, rey de Israel, ignorando la voluntad de Dios, se casó con Jezabel y llevó a toda la nación a la idolatría y al culto de Baal (**1 Reyes 16:31**). El reinado de Acab y Jezabel sobre Israel fue uno de los capítulos más nefastos de la historia de la nación.

Hay varias acciones en la vida de Jezabel que la revelan como una mujer perversa, pero dos características fundamentales definen lo que se denomina como la operación del espíritu de Jezabel. Una de estas características es su obsesiva pasión por dominar y controlar a otros, especialmente en el ámbito espiritual.

Cuando se convirtió en reina, comenzó una incansable campaña para deshacerse de todo intento del pueblo de adorar a Dios. De hecho, ordenó la exterminación de todos los profetas del Señor (**1 Reyes 18:4**), y reemplazó sus altares por los de Baal. Su enemigo más fuerte fue el profeta Elías, quien provocó una sequía sobre toda la nación y desafió a todos los profetas de Baal en el monte Carmelo (**1 Reyes 18:20**).

En esa ocasión, el Señor le dio una gran lección a toda la nación, pero aun así Jezabel se negó a arrepentirse, y juró por sus dioses que perseguiría incansablemente a Elías y le

quitaría la vida. Su ira y su obstinada negativa a sujetarse al único Dios verdadero la llevaron a un fin verdaderamente horrendo (**2 Reyes 9:29 al 37**).

La segunda característica que evidenció Jezabel se manifestó durante un incidente que involucró a un hombre justo llamado Nabot, quien se negó a venderle a Acab las tierras adyacentes al palacio donde él tenía una viña heredada de su familia. Una venta que ciertamente violaría el mandamiento del Señor respecto de las heredades (**Levítico 25:23**).

Mientras Acab se enfurecía en su cama y se lamentaba como un niño malcriado, Jezabel aprovechó su debilidad, diciéndole que ella le concedería su deseo. Fue entonces cuando organizó un complot con falsas acusaciones contra Nabot, a quien hizo apedrear hasta la muerte. Por otra parte, los hijos de Nabot también fueron apedreados para que jamás pudieran reclamar sus tierras, y sin herederos, la viña pasó a manos del rey.

Esto revela claramente que el espíritu de Jezabel es capaz de controlar, manipular, intimidar, amenazar, mentir y hacer lo que sea necesario para conseguir lo que desea, sin importar quién pueda ser dañado o destruido en el proceso.

El Señor dijo que la mujer llamada Jezabel que operaba en la Iglesia de Tiatira se hacía llamar profetisa y estaba enseñando a los siervos de Dios a fornicar y a comer cosas

sacrificadas a los ídolos. Lo peor de todo es que, al igual que la esposa de Acab, se negaba a arrepentirse.

*“Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación. He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella. Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras”*

Apocalipsis 2:21 al 23

El Señor Jesús la echó a una cama de enfermedad, junto con aquellos que cometieron idolatría con ella. El final para aquellos que sucumben a un espíritu de Jezabel, siempre es la muerte y la destrucción, tanto en el sentido físico como en el espiritual. Quizás la mejor manera de definir el espíritu de Jezabel, es decir que caracteriza a cualquiera que actúa de la misma manera, con manipulación, engaño, mentiras y falta de temor a Dios.

A los ojos de Dios, Jezabel fue una mujer que tergiversó las palabras de Dios, y sembró confusión entre Su pueblo. Su característica tan perversa respecto de la idolatría ha llevado a muchos eruditos a señalar a Jezabel con la iglesia católica de Roma, y ciertamente ellos históricamente han incurrido en el pecado de idolatría y alianzas con el poder político. También, al tomar territorios de todas las naciones a través de esas alianzas, se han enfocado en las riquezas y han perseguido con saña, mentiras, violencia y asesinatos

terribles a los cristianos protestantes. Aun así, no deseo enfocarme en estas verdades, sino en la lección que debemos aprender.

El espíritu de Jezabel procura liderar ocupando plataformas a través de las cuales pueda enseñar y ostentar poder espiritual. El problema es que, cada vez que una persona procura encumbrarse, destacarse o influenciar a otros, estará quitando el lugar de gobierno al Señor. Quienes le servimos con sinceridad obedecemos a un llamado, no a un simple deseo personal.

Hoy en día, hay muchos hermanos que desean ocupar lugares de liderazgo, pero lo hacen con intenciones equivocadas. Hay quienes abren congregaciones, buscan enseñar, o producen diseños que Dios nunca determinó. El voluntarismo nunca será de bendición en el Reino, si no es puesto por el Señor y se manifiesta desde el impulso de Su propósito.

Cuando Elías se enteró de que Jezabel se había propuesto matarle, se sintió intimidado y muy deprimido, lo cual es muy extraño, porque acababa de enfrentar a cientos de profetas de Baal, y los había degollado frente a todo el pueblo. ¿Cómo es posible que se haya sentido intimidado por una mujer después de haber realizado semejante desafío de poder espiritual?

El Señor lo fortaleció por medio de un ángel y le dijo que había siete mil hombres cuyas rodillas jamás se habían

doblado ante Baal (**1 Reyes 19:9 al 18**). Luego, manifestó Su presencia en el monte y lo comisionó para terminar su tarea. Ante esto, debo destacar que el espíritu de Jezabel no solo procura manipular, sino abatir espiritualmente a todo aquel que pretenda enfrentarlo. Tal vez por eso, el Señor alienta a los hermanos de Tiatira diciéndoles: “*Lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga*” (**Apocalipsis 2:25**).

Nosotros debemos tener claro que personas sin escrúpulos y espíritus inmundos de engaño tratarán de infiltrarse en la Iglesia cada vez más. El acercamiento a los tiempos finales aumentará exponencialmente esos ataques. No debemos sorprendernos ni amedrentarnos por eso.

No debemos deprimirnos como Elías, ni llegar a pensar que somos los únicos con la intención de predicar el verdadero evangelio del Reino. Sin duda, hay muchos más que lo están haciendo con limpia conciencia, y no dejará de haber hombres y mujeres de fe, que prediquen con sinceridad y obediencia a su llamado, la versión eterna del Reino.

**“Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre; y le daré la estrella de la mañana. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”.**

**Apocalipsis 2:26 al 29**

# Capítulo ocho

## VERSIÓN ETERNA

*“Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíéntete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti”.*

Apocalipsis 3:1 al 3

En el mensaje a Sardis, vemos que Jesús condena rápida y claramente el estado sin vida de muchos hermanos. Tal vez, la Iglesia desarrollaba, como las demás, un activismo muy impresionante, pero la vida espiritual se les había apagado, o tal vez su expansión se debió a métodos más que a un evangelismo del Espíritu, por lo cual se expandió con muchas personas inconversas que solo practicaban la religión.

Personalmente, me inclino por la primera condición, porque Jesús los llamó al arrepentimiento de ese pecado diciéndoles que sean vigilantes y que afirmen las otras cosas que están para morir, ya que no había hallado buenas obras. Luego, los exhorta diciendo: ***“Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepiéntete”*** (Apocalipsis 3:3).

Aun hasta nuestros días, a la Iglesia le cuesta mucho comprender la importancia de la muerte y el poder de la resurrección. Es decir, nosotros no ingresamos al Pacto por haber aceptado a Jesús como Señor y Salvador de nuestras vidas, sino por regeneración divina.

Por causa de la obra del Espíritu Santo a través de la Palabra de Dios, somos alcanzados por la vida de Cristo y esa vida nos proporciona la luz para entender. Nuestro espíritu es vivificado, nuestra alma entra en un proceso de redención y nuestra carne continúa en su proceso de muerte. Es decir, el espíritu regenerado debe madurar, el alma debe conocer la verdad para ser libre, y la carne funciona como el medio legal para nuestra expresión terrenal.

En la obra integral del Calvario fuimos juzgados, y en la resurrección de Cristo fuimos impartidos por Su eternidad. Por Su sangre somos reconciliados, y por la revelación de la cruz, el Señor va tratando con nuestra pecaminosidad. La muerte del “yo” es el camino de la manifestación de la vida de Cristo en nosotros, y eso se denomina como el poder de la resurrección.

Un día, nuestra carne sufrirá la muerte, para que lo mortal sea revestido de inmortalidad y lo corruptible sea revestido de incorruptibilidad (**1 Corintios 15:53**). Sin embargo, la muerte diaria de nuestro “yo” es lo que permite que el Señor haga Su obra a través de nosotros.

Lamentablemente, muchas enseñanzas de hoy se dirigen más a la motivación del alma que a la madurez del espíritu. Apuntan más a la satisfacción de la carne que a la muerte del “yo”. Es verdad que funcionamos como seres integrales, y que Dios desea lo mejor para nosotros, pero la falta de revelación de la dinámica de la vida en Cristo puede limitar o impedir Su obra a través de nuestras vidas.

La Iglesia puede llegar a ser tan efectiva como la medida de revelación que tenga de la cruz. No me refiero solo a la obra consumada por Jesús en el Calvario, me refiero a la revelación de la cruz en nuestras vidas. Me refiero a la muerte de nuestros gustos, deseos, pasiones, ambiciones, ideas, planes, capacidades y fortalezas.

Cuando hablo de la muerte del “yo”, no significa que dejemos de tener estas cosas, sino que estas cosas funcionen bajo el gobierno de Dios. Cuando menciono la muerte del “yo” no me refiero a dejar de ser, sentir o pensar, me refiero a ser en Cristo, sentir en Cristo, pensar en Cristo, movernos en Cristo y manifestar a Cristo (**Hechos 17:28**).

Las obras muertas son las que provienen de nosotros mismos; la expresión de esas obras es lo que se denomina

“religión”, y es la causa de toda limitación de la Iglesia. Las obras vivas son las del Espíritu, son las que provienen de Él, de Sus diseños, de Su autoridad y de Su poder. Esas son las que expanden efectivamente a la Iglesia.

El mensaje del evangelio del Reino, busca generar una plataforma de revelación espiritual. El mensaje motivacional busca avivar las emociones y los impulsos humanos. Con la revelación de la versión eterna, podemos funcionar en la legalidad de la fe; con el impulso de la motivación del alma podemos avanzar un poco, pero a la larga todo se detendrá.

La revelación de la versión eterna es lo único que puede llevarnos hasta lo último; es la que puede conducirnos hacia la cruz y llevarnos a ser efectivos desde la cruz. Solo entonces podemos funcionar en el poder de la resurrección. Ese poder es vida, y esa vida es Cristo en nosotros, la esperanza de gloria (**Colosenses 1:27**).

*“Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borrará su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”.*

Apocalipsis 3:4 al 6

Este panorama del Señor sobre Sardis es tan preciso como el panorama que tiene de nosotros hoy. Él sabe quiénes

tratamos de vivir sujetos a la justicia recibida en Cristo y tratamos de honrar Su nombre. Él sabe quiénes se comprometen con Su propósito o actúan sin temor alguno.

Las mezclas están en la Iglesia que se manifiesta en la tierra, pero no en la que el Señor observa desde Su posición de gobierno. Nosotros podemos ver lo que no es como si fuese, podemos ser engañados, o podemos pretender engañar, pero Dios no puede ser burlado. Él sabe quiénes son suyos, Él apartará el trigo de la cizaña, Él juzgará a quienes pretenden ser lo que no son, hacer lo que no deben y vivir lo que Dios no desea.

*“Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre: Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre. He aquí, yo entrego de la sinagoga de Satanás a los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado.”*

Apocalipsis 3:7 al 9

Una vez más, Jesús destaca y reconoce a la Iglesia por sus buenas acciones, reconociendo que, por causa de esas buenas obras, y por causa de no negar Su nombre, a pesar de tener poca fuerza, se abriría para ellos una puerta que nadie podría cerrar.

En el contexto de los dichos de Jesús, no se explica a qué puerta se refiere, pero hay precedentes bíblicos para entender a qué se refería esa puerta abierta. En las Escrituras hebreas, encontramos a Dios concediendo la autoridad de abrir puertas (**Isaías 22:22; 45:1**). Al presentarse como el que abre puertas, Jesús afirma Su autoridad. Él tiene la autoridad para proporcionar a la iglesia de Filadelfia las oportunidades que Él desea que tengan.

La puerta a la que hace referencia puede ser una oportunidad para que los incrédulos de Filadelfia se acerquen a la Iglesia y reciban la gracia salvadora. Hoy en día, la mayoría de las congregaciones está experimentando el tránsito de hermanos, pero no el crecimiento verdadero. Es decir, hay hermanos pasando de congregación a congregación, pero no se está produciendo un crecimiento generado por nuevas y verdaderas conversiones.

Por supuesto que hay excepciones, pero la falta de identidad y de tolerancia de la sociedad actual, permea la Iglesia y eso desencadena un gran tránsito. Lo que falta es la manifestación de avivamientos que produzcan una gran cantidad de conversiones genuinas. Claro está, podemos evangelizar y desechar que esto se produzca, pero solo Dios puede generarla. Lo que debemos preguntarnos es: ¿Por qué no están ocurriendo más conversiones en este tiempo?

Sinceramente creo que si no negamos Su nombre, dando testimonio y hablando el evangelio del Reino en todo lugar, si volvemos nuestro corazón a Él con pasión, rendidos

en humildad, rogando por Su gobierno, estamos a tiempo de vivir el último y gran avivamiento, que la Iglesia necesita antes de tener que enfrentar la tremenda manifestación de las tinieblas que se avecina sobre el mundo.

***“Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra. He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”.***

Apocalipsis 3:10 y 11

Quienes leen mis libros y escuchan mis enseñanzas, saben que no enseño sobre un rapto secreto capaz de sacar a la Iglesia de la tierra, antes de la manifestación del anticristo. Más bien, enseño que la Iglesia debe prepararse para soportar las pruebas que vendrán sobre el mundo entero. Quienes deseen encontrar los fundamentos de mi enseñanza, pueden leer mis libros titulados “El resplandor de Su venida”, “Sesgo de normalidad”, o “La gloria de la persecución final”.

Como menciono en esos libros, hay muchas divergencias cuando de escatología se trata, pero después de años de estudio, esa es mi conclusión. Por otra parte, si estuviera equivocado al enseñar a la Iglesia que debemos prepararnos para la tribulación, y hubiese un rapto secreto, todos los que creyeron que había que prepararse se irían con Él. Sin embargo, si tenemos que enfrentar las pruebas y, en lugar de prepararnos, solo cultivamos la mentalidad de

escape, ¡Cuidado! porque podemos llegar a padecer grandes pérdidas.

*“Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.”*

Apocalipsis 3:14 al 17

En contraste con las otras iglesias de Asia Menor, la iglesia de Laodicea no tiene nada digno de admiración. Jesús comienza el mensaje con una exhortación muy dura. Jesús enfatiza tres veces que los hermanos de Laodicea no estaban en ninguno de los dos extremos de temperatura espiritual; les dijo que no eran fríos, ni calientes, sino tibios.

La expresión “los vomitaré” suena verdaderamente espantosa, pero era entendible para los habitantes de Laodicea, porque ellos vivían sobre acueductos de agua que provenían de dos fuentes: en primer lugar, provenían de fuentes termales y eran aguas calientes, y la segunda fuente era el agua fría de la montaña. Las dos fuentes se fusionaban en el acueducto para finalmente llegar a Laodicea en un estado de tibieza, y por tal motivo el Señor les exhortó con este ejemplo.

Los historiadores dicen que los habitantes de Laodicea se servían el agua y la probaban para saber su estado. Si el agua se encontraba tibia, simplemente la escupían. Durante años, se ha enseñado, principalmente en la Iglesia pentecostal, que este “vomito” del Señor se producirá en el rapto, en donde algunos que estén siendo elevados por los aires no llegarán a destino, sino que a mitad del trayecto el Señor los vomitará nuevamente sobre la tierra.

Entiendo que una enseñanza determinada puede condicionar la interpretación de otros pasajes, pero en realidad, el Señor no hace esa detallada referencia. Lo que sí es claro es que la apatía de los hermanos produjo en ellos una gran ceguera espiritual. Y lo grave de esto es que ellos no se percataban de tal situación, sino que se creían ser ricos, sin comprender que eran desventurados, miserables, pobres, ciegos y que estaban en un estado de desnudez espiritual.

Sin duda, debemos tomar ejemplo de esta condición de la Iglesia de Laodicea, porque hoy la Iglesia tiene acceso a mejores propiedades, instalaciones, equipamientos y bienes materiales. De hecho, la revelación de los principios del Reino ha provocado una mejor situación económica en muchos hermanos, pero nada de eso es un indicativo de mayor espiritualidad.

De ninguna manera creo que la Iglesia deba ser pobre para estar en una mejor condición espiritual, pero tampoco debe ser rica para lograrlo. La pobreza o los muchos bienes materiales nada tienen que ver con una buena condición

espiritual. De hecho, nuestro estado espiritual puede ser excelente y manifestarse tanto en la riqueza como en la pobreza, porque la unción no pertenece al plano natural.

La pobreza nada tiene que ver con la versión eterna, y para nosotros puede ser el resultado de un proceso, pero no de un estado permanente. En tal caso, puede que así sea solo si inevitablemente habitamos en territorios muy desfavorecidos. De lo contrario, la revelación del Reino y la conducción del Espíritu Santo, nos llevará de la escasez a la abundancia, pero esto por principios que operan en Cristo, no por merecimientos personales.

Algunas congregaciones o ministerios han logrado obtener propiedades extraordinarias, pero eso no significa que delante de Dios sean vistos de la misma forma. Hace un tiempo, miré un documental sobre un popular ministerio internacional, que tenía tremendos edificios y miles de personas. Sus reuniones eran transmitidas con gran excelencia, y podían verse equipos impresionantes, pero al final se descubrió que en su liderazgo había gran corrupción financiera y múltiples pecados sexuales que habían sido ocultados durante años.

Cualquiera que viera esas reuniones podía experimentar admiración, y sin duda, cualquier pastor anhelaría tener lo que ellos tenían. Eran populares, exitosos y se habían expandido por muchas naciones. Sin embargo, delante del Señor, solo eran desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos de toda vestidura espiritual.

***“Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas.”***

Apocalipsis 3:18

Las riquezas materiales de los hermanos de Laodicea no tenían ningún beneficio eterno, por lo que Jesús les ordenó acudir a Él, en busca de las verdaderas riquezas espirituales. Solo Cristo nos puede enriquecer de verdad; solo Él puede abrir nuestros ojos para que podamos ver nuestra verdadera condición y encontrar sus tesoros.

***“Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.”***

Apocalipsis 3:19 y 20

Este mensaje del Señor no es dado para evangelizar. Es un absoluto disparate mencionárselo a un impío para que reciba a Jesús. No debemos perder de vista que Jesús le estaba hablando a la Iglesia, con lo cual podemos ver también, la gravedad de dicha situación, porque la Iglesia es Su cuerpo y, sin embargo, Él dice encontrarse fuera.

Ruego a Dios que en este tiempo, podamos comprender Su versión eterna, corregir, enfocar y reformar todo lo que sea necesario, para que podamos recobrar nuestra visión espiritual, nuestra riqueza espiritual, nuestra pureza

verdadera, y expresarla en toda la tierra. No estoy sugiriendo que no haya cristianos que vivan en total plenitud. No creo eso y no pienso que eso ocurrirá jamás. Siempre hay grandes remanentes de hermanos en todo el mundo que viven el Reino con toda intensidad.

Incluso me considero uno de ellos, pero en la exhortación, me incluyo entre todos los demás, porque creo que hay diseños a los que debemos arribar todos juntos. Soy un ministro que sirvo al cuerpo de Cristo con mis dones, y en verdad creo en el poder de la unidad.

Trabajo arduamente para que todos podamos manifestar Su plenitud a través de la comprensión de la versión eterna, y por eso enseño con fe, con esperanza y con pasión, a pesar de que también batallo con la tristeza de ver a muchos hermanos y consiervos, que no reaccionan ante este llamado de Dios a la humildad, a permitir que el Espíritu Santo nos calibre conforme a Su perfecta voluntad.

Me gustaría que en esta generación, todos los ministros del evangelio pudiéramos unirnos bajo la revelación de tener el mismo Padre, el mismo Espíritu, la misma sangre, el mismo cuerpo, la misma fe y la misma esperanza (**Efesios 4:4 al 6**). Desearía que todos nos uniéramos en la comunión del Espíritu, con tolerancia y humildad, orando al Padre, para recibir iluminación de Su versión eterna, siendo capaces de entregar las nuestras si es que deben ser cambiadas.

Seguramente todos servimos a Dios con pasión, a menos que alguien no sea suyo, pero absolutamente ninguno es libre de algún error. La infalibilidad solo es una virtud divina, es por eso que debemos mantenernos en humildad. Hay demasiadas versiones de la Iglesia y del evangelio, por lo cual no podemos más que reconocer que muchos pueden estar honestamente equivocados.

Como maestro, pero fundamentalmente como hijo de Dios, propongo una vez más, que todos podamos rendir nuestras coronas a sus pies, tal como esos ancianos lo hacen ante Su trono (**Apocalipsis 4:10**). Es decir, que todos podamos entregar nuestras versiones para ser corregidas por el Señor en todo lo que sea necesario. Al final, todos deseamos solo servirle con excelencia y la única manera de hacerlo es predicando y viviendo Su versión eterna.

Por favor, oremos para que todos los siervos de Dios, en todo lugar del mundo, tengamos la humildad de unirnos espiritualmente, intercambiar conceptos sin hostilidad ni vanos enojos. Que tengamos la capacidad de asumir posiciones asignadas, o devolver posiciones ocupadas sin asignación divina. Que podamos abrir las obras que Dios determine y cerrar las que Él nunca abrió. Que podamos trabajar con Sus diseños y no con nuestros métodos, que podamos obrar por la operación de Su Espíritu y no con nuestras fuerzas.

Que podamos pedirle al Espíritu Santo que nos muestre nuestra real condición, sin utilizar nuestra

introspección para lograrlo. Que podamos abandonarnos en Su presencia y permitir que Él produzca toda reforma sin levantar fortalezas, argumentos y altiveces. Que podamos recibir la revelación de Su versión eterna en toda su amplitud y ponerla por obra para alabanza de Su santo Nombre.

***“No a nosotros, oh Señor, no a nosotros, sino a tu nombre le corresponde toda la gloria, por tu amor inagotable y tu fidelidad”.***

Salmo 115:1 NTV



# **Reconocimientos**

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal [www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## **Maestro de la Palabra**

*Osvaldo Rebolledo*

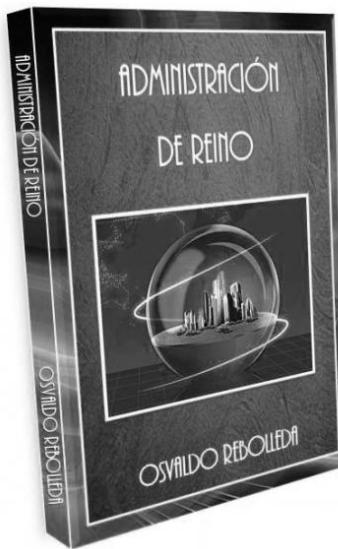
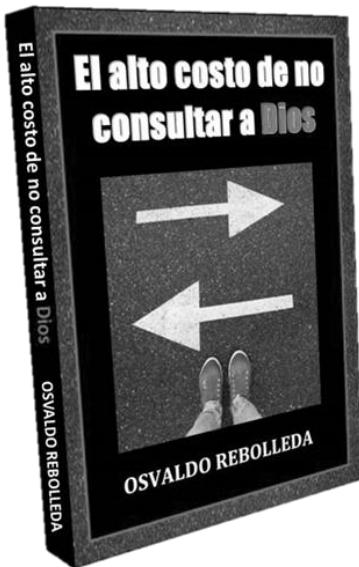


El Pastor y maestro Osvaldo Rebolledo hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

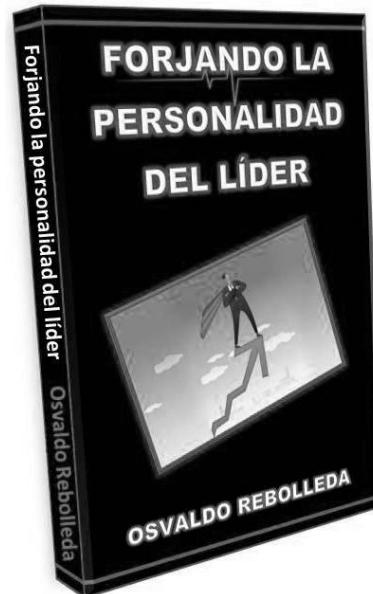
El maestro Osvaldo Rebolledo es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un **Doctorado Honoris Causa en Divinidades de La Universidad teológica de Estados Unidos.**  
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina  
Y hasta lo último de la tierra.

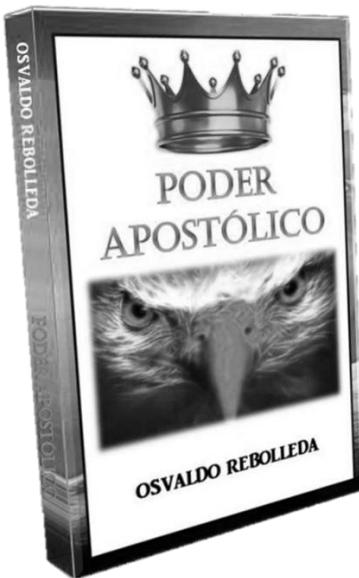
[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)

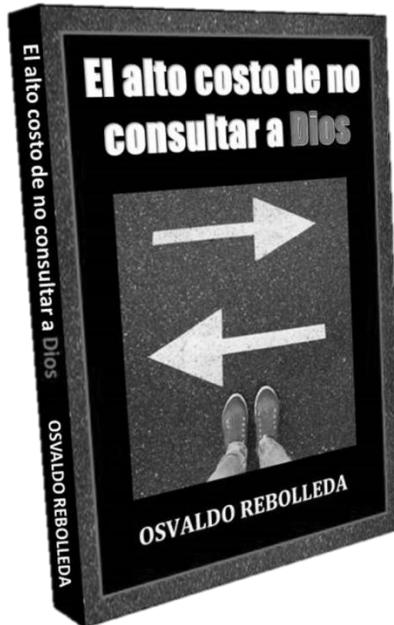


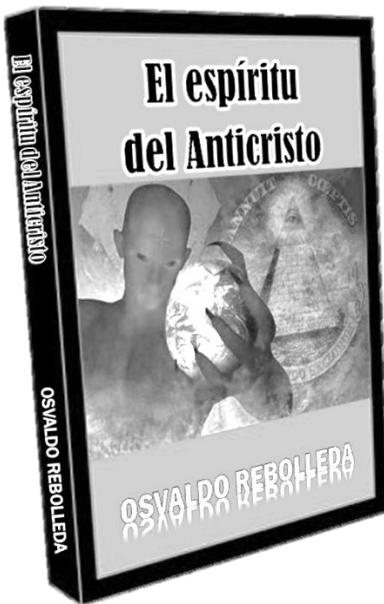
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



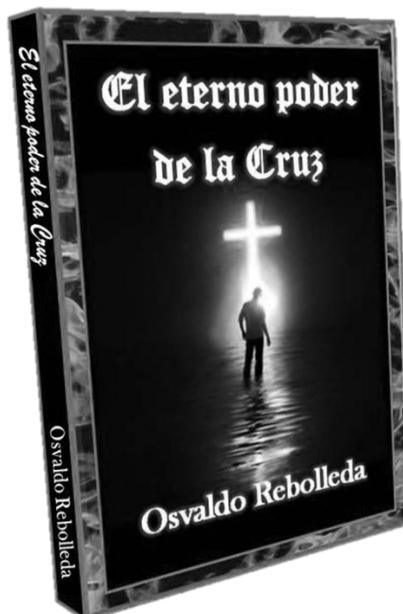
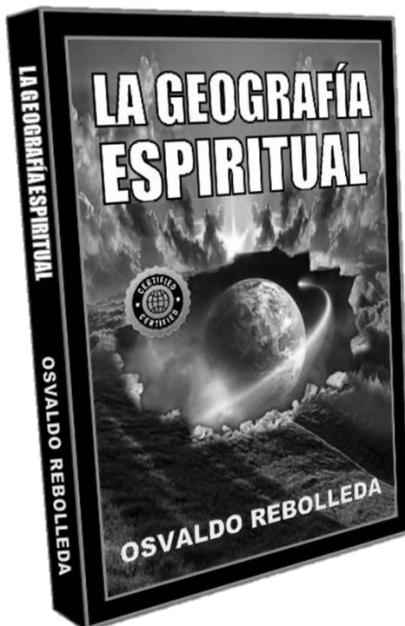


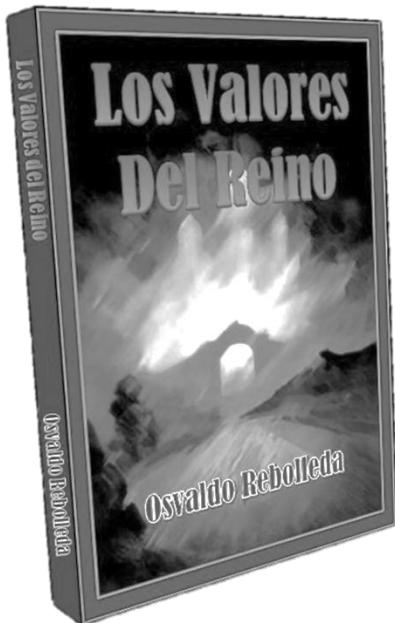
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

